



TIEMPOS DE IDA TIEMPOS DE VUELTA

Mirta Macedo

ediciones **orbe** libros



Foto de Leopoldo Climent

Mirta Macedo nació el 6 de julio de 1939 en la ciudad de Treinta y Tres. De profesión, Asistente Social.

Fue detenida durante la dictadura militar desde los años 1975 a 1981.

Como profesional se ha desempeñado en diferentes instituciones en Montevideo. Sobre el tema de los derechos humanos participó como coautora en un trabajo llamado "Todo encuentro es un reencuentro" en el libro *Represión y Olvido* publicado por SERSOC.

En 1999 publicó *Un día, una noche... todos los días*, ediciones Orbe libros.

TIEMPOS DE IDA
TIEMPOS DE VUELTA

Mirta Macedo

**TIEMPOS DE IDA
TIEMPOS DE VUELTA**

© Mirta Macedo, 2002

Ediciones ORBE Libros
Carlos Roxlo 1373
Tel. 408 7213
Orbelibr@adinet.com.uy
Montevideo - Uruguay

ISBN: 9974-661-05-6

Diseño de tapa y diagramación: Sonia Mosquera

*Ilustración de tapa: "La libertad guiando al pueblo"
de Eugenio Delacroix (1798-1863)*

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, transmisión o archivo en sistemas recuperables, sea para uso privado o público, por medios mecánicos, electrónicos, fotocopadoras, grabaciones o cualquier otro método, total o parcial, del presente ejemplar, con o sin finalidad de lucro, sin la autorización expresa del autor.

A María Condenanza

*Al recuerdo de su entrega por un mundo diferente,
a su solidaridad, a su sonrisa bondadosa, que per-
durará para siempre en quienes tuvimos el privile-
gio de ser sus amigos/as.*

Agradezco aquellas personas que de alguna forma contribuyeron para que realizara el trabajo.

Al Dr Daniel Gil que sin conocerme, leyó el trabajo y me brindó su autorizada opinión; al Maestro Hugo Rodriguez que corrigió el trabajo brindando su tiempo en forma generosa; al Psic. Víctor Giorgi, estudioso de los Derechos Humanos que en una permanente actitud de apoyo, leyó, opinó y escribió el prólogo, y muy especialmente a mi compañera de prisión, amiga y colega A.S. Cristina Fynn, primera lectora y crítica, que me brindó su tiempo, su opinión criteriosa y su gran apoyo para vencer mis miedos.

A todos muchas gracias

PRÓLOGO

Podrán pisar algunas flores
pero no impedir la primavera.

Pablo Neruda

Prologar un libro nunca es tarea sencilla. La lectura dispara en nosotros una serie de asociaciones, ideas, reflexiones y sentimientos que deben ser articulados en este "texto que precede al texto" cumpliendo la función de digno preámbulo para quien se introduce en él.

Pero estas páginas encierran algo singular. Su lectura nos sumerge en la atmósfera de un Uruguay de hace casi tres décadas, de los años más duros de la dictadura. Nos enfrenta nuevamente a aquellas vivencias de terror, de pérdida, de dolor y también a aquellos silenciosos actos de solidaridad, de resistencia, de dignidad.

La tortura y la prisión prolongada junto con el exilio y la desaparición de personas fueron durante aquellos años instrumentos centrales de una estrategia política racional, clara y coherente desarrollada desde el poder del Estado para imponer un proyecto histórico que requería el sometimiento del conjunto de la población a un principio de autoridad incondicional basado en el terror. Terror que circuló por los individuos y los colectivos, que atravesó los vínculos, que impregnó nuestra vida cotidiana, que anidó en lo más profundo de nuestra subjetividad.

Recuperada la democracia el “discurso oficial” se centro en proponer –e imponer– el silencio y el olvido como mecanismos mágicos para dejar atrás el traumatismo histórico que sufrió la sociedad uruguaya. Surge así una nueva figura que se instala en el imaginario social como digno heredero del terror: la impunidad.

Desde la perspectiva psicológica el “trauma” implica una zona de experiencia relacionada con lo arcaico, con lo siniestro que no puede ser retomada por el sistema de representaciones.

De la tortura no se habla –nos dice Mirta Macedo– en las primeras líneas de su presentación. Forma parte de lo no hablable, lo no simbolizable, lo que se introduce en los vínculos como un existente que opera con eficacia desde el silencio.

La invitación a recordar, repensar, resentir lo vivido por una generación –nuestra generación– no aparece en primera instancia como algo atractivo.

Pero a medida que avanzamos en la lectura comenzamos a comprender el significado de ese recordar, la trascendencia que para las personas y los colectivos toma la posibilidad de recuperar la palabra, restituir la comunicación allí donde anidaron el silencio y el terror. Comienza así a crecer en el lector la convicción de que se esta “abriendo brechas en el silencio”, de que a través del texto se nos posibilita un diálogo, parte de ese diálogo que los uruguayos tenemos pendiente y que comienza a sacudir la tríada silencio-impunidad-olvido en lo público y en lo íntimo, en lo político y en lo subjetivo.

A través de estas páginas autora y lector “recuperan mediante una larga y dolorosa elaboración día a día, noche a noche esa telaraña de horrores, ausencias y dolores”

A medida que nos sumergimos en el texto nos apropiamos de la historia, de su y de nuestra historia y comenzamos a librar dentro de cada uno de nosotros una nueva batalla por el “nunca más”. Recuperamos así esa posibilidad de ir y de vol-

ver, de articular tiempos, de traer el pasado para construir un futuro.

Mirta aporta un lucido y agudo análisis de los complejos mecanismos de demolición que se ponen en juego en la llamada "prisión prolongada"; pero también incluye un apasionado rescate de las formas de solidaridad, de resistencia, de dignidad. Y lo hace desde un doble saber, de lo vivido y de lo pensado; de lo vivencial y de lo racional permitiéndonos superar las historias de héroes y traidores para alcanzar los aspectos medulares del drama humano vivido por miles de uruguayos y uruguayas que libraron en silencio su batalla cotidiana por la vida y la dignidad.

No se trata solo de estar afuera de los muros de las cárceles, se trata de ganar nuestra libertad y eso requiere un largo y trabajoso proceso de las personas y de los colectivos. Proceso que no es dar la espalda y correr hacia adelante sino que requiere "tiempos de ida y tiempos de vuelta". Trabajo, diálogo, recuerdos, elaboración, reflexión ganando palmo a palmo espacios para abordar la titánica pero irrenunciable tarea de construir un futuro.

Para finalizar tomaré apelando a mi memoria las palabras del Prof. José Pedro Barrán *"siempre se dice que la historia la escriben los vencedores pero, en realidad los auténticos vencedores son aquellos que lograron escribir la historia."*

Gracias Mirta por tu aporte y tu invitación a romper con los silencios, a ganarle al olvido, a construir una nueva primavera.

Víctor A. Giorgi
Mayo 2002.

PRESENTACIÓN

“Es tremendamente difícil escribir sobre la tortura. Cada palabra debe pesarse como grano de oro. El texto debe permanentemente ser reelaborado. Cada nuevo acápite influye en el significado de lo ya dicho. Los contratiempos idiomáticos no son pocos. La tortura es una totalidad existencial. La totalidad no puede ser entendida sin la previa exposición de todas las partes. Al mismo tiempo, las partes no son entendidas sino hay un claro concepto sobre la totalidad. Yo opino que la dificultad que presenta el torturado para hablar posteriormente sobre la tortura, podría hasta un cierto punto, tener la misma causa: tener que contar con palabras en la descripción de experiencias, para las cuales el vocabulario normal no es suficiente.”

Prosigue “Relatar sobre la tortura a la que se fue sometido, es iniciar un trabajo de abolición del proceso de quiebre que produce la tortura. Dar palabras a lo horrible, es reempezar la reconstrucción de la valoración humana que la tortura ha destruido. Escribir sobre la tortura, es arrojar luz sobre una actividad que no soporta la luz. Expresarse tan claramente como sea posible sobre la tortura, es un proceso antagónico a ella.”¹

Me parece oportuna esta transcripción para comenzar el trabajo, ella me permite obviar un comentario, por qué aún

1 Tortura y Existencia. Charles Westin .Pag 11 y 12. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Teatinos 416. Santiago de Chile

me es tan difícil narrar los hechos referidos a la tortura y la prisión.

La argumentación reúne puntos fundamentales sobre el tema: la barrera idiomática, dificultades de un lenguaje que pueda expresar los horrores, la tortura como una totalidad y partes –le agregaría– en interrelación.

Rescato también la idea de que comenzar hablar, describir “lo horrible” es recuperar y apoyar la reconstrucción de todo lo que nos quitaron mediante la tortura.

El hecho de escribir enfrenta permanentemente a recuerdos, nombres, rostros, episodios, que movilizan porque posiblemente el horror y las expresiones de la miseria humana provocadas ex profeso, no tengan lugar en nuestros lenguajes cotidianos, tampoco en nuestros corazones.

Hacerlo nos remite a sensaciones de destrucción, fracturas, cortes, situaciones límites y hasta la proximidad de la muerte. No obstante hay una única forma de comenzar a trascender el problema: enfrentarlo sabiendo que los costos serán por lógica dolorosos pero son en definitiva los únicos caminos que se pueden recorrer, elaborándolos hasta lograr ubicarlos en algún rincón, tratando de convivir con ellos.

El trabajo girará en torno al ser humano y sus formas de vincularse –en este caso hago referencia a los detenidos/as en función de una experiencia concreta– como el actor fundamental en la construcción de su vida individual y social, con autonomía y usufructuando los derechos adquiridos. Com-

2 Artículo “Desafíos y Perspectivas de la Psicología Social”. Revista *Aportes*. Pag 5. Montevideo, Uruguay.

parto el concepto que afirma que el ser humano es “ la síntesis activa de sus relaciones sociales”², constructor y responsable de su propio proyecto de vida.

Reflexiono desde mi experiencia como esos derechos que se acuñan en cada persona constituyendo verdaderas historias, van a sufrir profundos cambios en situación de tortura y prisión, y sobre todo van a recibir diferentes ataques que van desde lo específico a lo general siempre en el marco de una gran violencia.

Opino que la Prisión Prolongada es una secuencia de etapas planificadas, delimitadas por objetivos específicos a los cuales trato de abordar, no haciendo un relato de hechos sino describiendo el sentir. Y aquí debo hacer una precisión pues no encontrarán en el trabajo una dedicación igual a todas y alguna de ellas las omito.

Por lo tanto, no abordaré en forma específica todos los temas. Lo que presento es una reflexión sobre cada etapa, siempre desde mi experiencia, desde la perspectiva de la víctima, es decir, tratando de describir los hechos no solamente con objetividad, sino rescatando el sentir ante cada situación; los temores, la angustia, las incertidumbres, tratando de plantear mis vivencias, mi experiencia, vertiendo elementos desde mi percepción sobre el comportamiento del victimario .

No pretendo generalizar, pues como decía se trata de una experiencia personal, que más allá de que cientos de personas la hayan vivido, de alguna forma todos la vivenciamos de manera diferente.

En cada etapa reflexiono sobre los ataques a la identidad, y cómo la pérdida paulatina de los referentes conocidos va con-

duciendo a la víctima a una situación nueva, extremadamente difícil donde se mueve en función del pasado, presente y futuro, buscando sortear los múltiples obstáculos y fundamentalmente transitar el camino impuesto buscando que la so-brevivencia, objetivo fundamental, sea lo menos traumática.

Le asigno al pasado una importancia fundamental pues es una nutriente de peso para el camino a recorrer, y es justamente para el victimario un tema de importancia, al cual tratará de acercarse.

Trato de describir algunos aspectos de cómo se manifestaba nuestro mundo interno, a veces temeroso, fuerte, generoso, que nos alimentó para sortear dignamente las situaciones límites, también cómo cada uno se movilizó en ese tiempo presente construyendo su futuro, una vez más, como el único artífice de su vida, y como ese territorio, lleno de obstáculos, dolores, terrores, era un instrumentado laberinto, planificado con crudeza e inteligencia, para ocultar la salida que, en algún lugar, tarde o temprano, tendría que emerger.

Estructuré el trabajo reflexionando e intercalando un relato, que aluden a situaciones vividas hasta el momento de llegar al Penal, también aquí quise rescatar ese pasado que nos acompañó haciéndonos sentir que existe una ética para la sobrevivencia, y que el futuro está a la vuelta esperando de cada uno de nosotros y de todos.

No quisiera avanzar en el trabajo sin decir que por encima de todo lo antedicho, me anima la idea de que este material sirva para seguir abriendo brechas en la construcción de la memoria, porque ello significa sanear parte de la his-

toria, apoya y estimula a continuar en la búsqueda de la verdad.

Quisiera decir además que esta experiencia trágica que vivimos, estuvo pautada por hechos y acontecimientos que protagonizaron las víctimas donde sobresalían los valores éticos y morales, por encima de la miseria humana que acompañaba a los verdugos.

ÚLTIMO SÁBADO DE OCTUBRE DEL 75

En el año 1975 ya habíamos transitado un camino de dos años de dictadura de gran intensidad por los acontecimientos y el nivel con que se desarrollaban.

El 27 de Junio de 1973 culminó un proceso de desajustes y contradicciones a nivel de las Fuerzas Armadas en las que estuvieron también involucrados sectores civiles, y comenzaron a desarrollarse frenéticos acontecimientos de terrorismo que involucraron a la sociedad en su conjunto.

Primero intentaron cubrirlo con cierto manto de democracia hasta desembocar en una situación de apropiación total, signada por la violencia que terminó toda forma de convivencia colectiva y sana, instalando en la sociedad, el aislamiento, la censura, la opresión y una desenmascarada represión que tocó todos los sectores sociales.

Era un tiempo de gran incertidumbre, de hechos entrecortados, de cortes abruptos por los cambios vertiginosos de la situación política impuesta al país.

La tensión aumentaba, cada día se prohibía algo nuevo, la propaganda del régimen era permanente, mostrando cada vez como se afirmaba en el posicionamiento de la sociedad entera, cientos de personas eran detenidas en forma arbitraria, se conocía exactamente sobre las torturas que realizaban, mientras el miedo de ser apresado ganaba a la sociedad.

La época exigía extremar las medidas de seguridad, el peligro acechaba permanentemente, no sólo corrían peligro la vida de quienes estábamos comprometidos, también las de nuestras familias y amigos, estuvieran o no vinculados al quehacer político.

Todo exigía creatividad, disciplina, tiempo, capacidad de concreción, necesario e imprescindible para preservar la vida. La mayor parte del tiempo la dedicábamos a desarrollar tareas relacionadas a la actividad política, por lo tanto fuimos descuidando lo recreativo que pasó a ser secundario en nuestras vidas.

La década del 60 y los primeros años del 70 se caracterizaron por ser un tiempo de compromiso y solidaridad. La militancia nos unía en lo colectivo y en lo personal, llegando a compartir no solo horas de nuestras vidas sino proyectos, sueños y esperanzas que disfrutamos por años.

Era habitual que los sábados a la noche nos encontráramos un grupo de amigos /as para ir al cine, teatro, al Galpón o La Pasiva, a interactuar y disfrutar de nuestros sueños de jóvenes.

Me dispuse ese sábado hacer algo diferente, romper la rutina que la situación nos imponía y salir de mi casa. Tiempo atrás, Noemí me había confeccionado un vestido celeste que siempre había querido tener, pero cuando fue mío no tenía posibilidad de usarlo. ¡Desde luego! que me vestí con él ese sábado y salí sin rumbo por Montevideo.

La Ciudad Vieja siempre ofrecía algún rincón para contemplar, una vieja casa en cuyas paredes se acuñaba la historia, una calle con piedras, un pedazo de mar, los barcos del puerto recostados sobre el cielo claro de una noche montevideana.

Salí de mi casa y crucé la Plaza Independencia casi oscura y vacía. La estatua de Artigas como un símbolo de la lucha por

la libertad y la independencia miraba hacia un Montevideo vaciado y horrorizado.

Me desplazé hacia la rambla y caminé sus anchas veredas, miré el Río de la Plata, brillando bajo un cielo alumbrado de estrellas desconociendo que pronto se convertiría en el lecho sagrado donde descansarían nuestros muertos queridos.

El Parque Rodó invitaba a un paseo bajo sus luces que hacían un asombroso juego de sombras. Los añosos y enormes árboles proyectaban gigantescas figuras sobre los caminos del parque. La poca gente que lo transitaba se movía rápida en diferentes direcciones.

Regresé por la tradicional calle de todos los tiempos, Diez y ocho, testimoniosa y transitada, agitada y hermosa, para entrar en La Pasiva. No recuerdo haber estado en otro lugar. Solo recuerdo que mis jóvenes piernas me llevaron a recorrer una parte de Montevideo, no podía aun saber que estaba haciendo, mas tarde lo entendí.

A los pocos días era secuestrada de mi casa por un grupo de hombres armados.

Ese día sin duda, con mi vestido celeste, me despedía de ese Montevideo que tanto quería, de sus rincones, sus plazas, sus calles, grabándolos en mi memoria para alimentarme de vida, recuerdos y pasado cuando la situación lo exigiera.

No podía imaginar que un acto tan pequeño y sencillo como caminar, observar lo que se ama, pasaría a ser esencial para mantenerme con dignidad.

Muchas veces, infinita cantidad de veces apelé al recuerdo de mi vestido celeste, usado una única vez, al cielo de Montevideo, a las luces y sombras de un parque a la noche...

LAS IDEAS

El proceso de la prisión prolongada involucró una serie de pasos, etapas, actos, conformando un largo y dificultoso camino, cuya tónica es que todos estaban sobrecargados de un fuerte contenido de poder, fuerza y opresión del victimario sobre la víctima

La víctima era percibida por el victimario como un oponente peligroso, por provenir de una estructura política con ideología, que es el marco teórico, el sistema de ideas, los referentes que guían y sostienen la acción, y que a través de un proceso de difusión las mismas pasan a integrar los diferentes colectivos de una sociedad.

Las ideologías viven al interior de las sociedades, se desarrollan, crecen, maduran y son apropiadas libremente por esas colectividades. Durante ese proceso de difusión y movilidad que realiza en la sociedad, la ideología intercambia con los sujetos, polemiza, entra en contradicción con unos y otros enriqueciendo así su contenido.

Si bien las ideologías son esencialmente sentidas, percibidas y visibles, las rodea una invisibilidad, que solo el ser humano desde su intimidad es quien determina, selecciona y se apropia de algunos aspectos o de la totalidad.

Aparte del contenido que nutre y fermenta en quienes se acercan a ella, la invisibilidad tiene un gran poder de convocatoria, sin misterio, en silencio, es capaz de llamar a miles por-

que es cada uno quien decide si aloja las ideas o las desplaza.

Las ideas operan como un gran sustento, como una gran base, que alimenta y nutre. Poseerlas, descubrirlas, seleccionarlas, negarlas o aceptarlas, involucra un proceso que necesariamente implica un tiempo y un nivel de análisis.

Apropiarse de ellas es haber comprendido los contenidos que subyacen en su explicitación y adquirir a través de este proceso, cierta flexibilidad para discordar, criticar, optar, decidir. Para crecer.

Las ideas van conformando un pensamiento, que se desarrolla y cuyo contenido se va internalizando, afirmando, ampliando, pasando a ocupar en el interior, un lugar de decisión, en tanto ese pensamiento pasa a determinar las conductas, las actitudes a seguir. Se conforma así con el contenido del pensamiento una base para la acción y la vida.

En el plano político, pensamiento y acción van unidos, transitando el acontecer de hechos y sucesos.

Ser poseedor de ideas y pensamiento adquiridos a través de un proceso de razonamiento, proporciona libertad y crecimiento individual, permitiendo avanzar, buscando los caminos más justos, para ubicarse desde una perspectiva que se interprete como la más adecuada.

También la posesión de las ideas otorga cierto nivel de poder, porque el conocimiento en sí es un poder y porque además brinda autonomía y desarrollo.

La autonomía permite la posibilidad de participación, de ejecución, una amplia movilización e incursión en diferentes espacios, descartando las ataduras, mitos y estereotipos por medio de mecanismos que va encontrando como ser social.

Va estrechamente unida al concepto de libertad, de plenitud, de ejercicio de derechos, a las posibilidades de intensificar los niveles de independencia, y a un intento deliberado de avanzar en la búsqueda permanente de desarrollo como ser social.

Uniendo todos estos elementos como características manifestadas de las víctimas, se convertían en forma inmediata en seres altamente peligrosos a los ojos del victimario.

No es el propósito desarrollar y polemizar sobre el contenido y las definiciones de las ideologías, sino analizar la importancia que el régimen autoritario le asignó, y cómo el reconocimiento de la existencia de ideas supuso que involucraban un nivel de adhesión en los sujetos, hecho éste que se convirtió en luz roja para el victimario.

Así centró su atención sobre la ideología, las ideas de la víctima, constituyéndose en un acoso permanente durante el período de la Prisión Prolongada en la que trató durante mucho tiempo de indagar en forma permanente y consecuente, sus cambios, su ligazón con el afuera, su adhesión al pasado, para tener en forma actualizada su perfil y los posibles cambios que la afectarían, con el objetivo de encontrar insumos para desmantelarla, destruirla.

También fue un indicador del valor que le asignó a las ideas y la manifestación del temor, ante el reconocimiento de que se enfrentaba a estructuras muy sólidas a las cuales él solo podía dar respuestas represivas y autoritarias.

Al respecto sobre la actuación de los regímenes autoritarios un material chileno expresa: “ el régimen autoritario busca eliminar lo diferente para defender el orden impuesto y

que es cada uno quien decide si aloja las ideas o las desplaza.

Las ideas operan como un gran sustento, como una gran base, que alimenta y nutre. Poseerlas, descubrirlas, seleccionarlas, negarlas o aceptarlas, involucra un proceso que necesariamente implica un tiempo y un nivel de análisis.

Apropiarse de ellas es haber comprendido los contenidos que subyacen en su explicitación y adquirir a través de este proceso, cierta flexibilidad para discordar, criticar, optar, decidir. Para crecer.

Las ideas van conformando un pensamiento, que se desarrolla y cuyo contenido se va internalizando, afirmando, ampliando, pasando a ocupar en el interior, un lugar de decisión, en tanto ese pensamiento pasa a determinar las conductas, las actitudes a seguir. Se conforma así con el contenido del pensamiento una base para la acción y la vida.

En el plano político, pensamiento y acción van unidos, transitando el acontecer de hechos y sucesos.

Ser poseedor de ideas y pensamiento adquiridos a través de un proceso de razonamiento, proporciona libertad y crecimiento individual, permitiendo avanzar, buscando los caminos más justos, para ubicarse desde una perspectiva que se interprete como la más adecuada.

También la posesión de las ideas otorga cierto nivel de poder, porque el conocimiento en sí es un poder y porque además brinda autonomía y desarrollo.

La autonomía permite la posibilidad de participación, de ejecución, una amplia movilización e incursión en diferentes espacios, descartando las ataduras, mitos y estereotipos por medio de mecanismos que va encontrando como ser social.

Va estrechamente unida al concepto de libertad, de plenitud, de ejercicio de derechos, a las posibilidades de intensificar los niveles de independencia, y a un intento deliberado de avanzar en la búsqueda permanente de desarrollo como ser social.

Uniendo todos estos elementos como características manifestadas de las víctimas, se convertían en forma inmediata en seres altamente peligrosos a los ojos del victimario.

No es el propósito desarrollar y polemizar sobre el contenido y las definiciones de las ideologías, sino analizar la importancia que el régimen autoritario le asignó, y cómo el reconocimiento de la existencia de ideas supuso que involucraban un nivel de adhesión en los sujetos, hecho éste que se convirtió en luz roja para el victimario.

Así centró su atención sobre la ideología, las ideas de la víctima, constituyéndose en un acoso permanente durante el período de la Prisión Prolongada en la que trató durante mucho tiempo de indagar en forma permanente y consecuente, sus cambios, su ligazón con el afuera, su adhesión al pasado, para tener en forma actualizada su perfil y los posibles cambios que la afectarían, con el objetivo de encontrar insumos para desmantelarla, destruirla.

También fue un indicador del valor que le asignó a las ideas y la manifestación del temor, ante el reconocimiento de que se enfrentaba a estructuras muy sólidas a las cuales él solo podía dar respuestas represivas y autoritarias.

Al respecto sobre la actuación de los regímenes autoritarios un material chileno expresa: " él régimen autoritario busca eliminar lo diferente para defender el orden impuesto y

evitar el conflicto”³, señalando y reafirmando con ello cómo la dictadura debió eliminar a los que pensaron y actuaron diferente, no admitiendo la diversidad, y empleando el camino del terrorismo de estado.

Para este régimen autoritario impuesto por la fuerza, que no tuvo barreras para sus objetivos, que cometió los crímenes más crueles de la historia del país, pisoteó la constitución amparado en la impunidad, la instrumentación y concreción de la liquidación física de las organizaciones desde el punto de vista militar no le generó grandes dificultades.

Tenían a su disposición toda la estructura del Estado que los habilitaba para ejecutar sus objetivos. Ello suponía una operativa planificada que se podría incluso hasta realizar en días, mientras el combate contra las ideas que cada sujeto porta, convertido por sumatoria en un fenómeno colectivo implicaría otras estrategias. Así incluyeron la eliminación física de personas y una campaña sistemática de desprestigio y desvalorización de la historia del país. La lucha que lanzó el victimario estuvo centrada y dirigida a eliminar, golpear todo lo que tuviera una base, un sustento teórico, mediante un proceso que involucró el dominio de toda la sociedad.

Referido a la Prisión Prolongada el ataque a la identidad de las víctimas, saqueándolas totalmente hasta en los aspectos más íntimos se convirtió en el instrumento fundamental para golpear desde otra trinchera más, a la idea colectiva. Combate que comienza con la interrupción abrupta de la vida social,

3 Revista Chilena de Derechos Humanos, Políticas de Comunicación Social del Régimen autoritario Chileno. NC 2. Pág. 15

separando a la víctima de su historia, su contexto, su mundo, minimizando su vida y su accionar, luchando por convertirla solamente en un uniforme gris con un enorme número en la espalda.

Centrado en este objetivo desencadenó una ola de violencia que arrastró a la sociedad uruguaya a una angustiosa situación, donde la pérdida de vidas, la desaparición forzada de personas y los largos años de prisión se constituyeron en las constantes del período.

LA IDENTIDAD

Nuestra procedencia como sujetos sociales se desarrolla en un ámbito social, ligados a hechos y acontecimientos, que ocupan un lugar en el entorno en el que nos desempeñamos, involucra el pasado con su historia, el presente, y el futuro a construir.

Partimos de una realidad social con una historia personal, apoyados por referentes que se extraen de la vida cotidiana y de una cultura que crea sistemas de valores, usos, costumbres, que se convierten generalmente en normativas creándose así una red de vínculos y relaciones sociales donde el sujeto siempre es el constructor de su propia vida

Se desarrollan prácticas relacionadas a normas de convivencia y estas se reproducen a través de diferentes modelos que cada uno acepta o rechaza de acuerdo a su historia, creencias, ideas.

En ese transcurrir de la vida cotidiana desempeñamos roles en función del lugar que ocupamos en la sociedad, y nos integramos a las diferentes actividades ya sean laborales, culturales, religiosas, políticas.

En esa inserción social y mediante un proceso los seres humanos, observándose a sí mismos, se reconocen actuando socialmente, visualizan cómo son percibidos por otros y también cómo él mediante un proceso ve la actuación de sus pares en una interrelación y acción permanente.

Se moviliza en su contexto donde haciendo uso de su poder participa en la definición de la identidad colectiva.

En esa libre actuación que desarrolla se ubica en grupos donde ejecutando tareas, realizando un aprendizaje, vinculándose con otros, adquiere sentido de pertenencia involucrándose así, en el quehacer de los grupos sociales.

Realiza una inserción aportando aspectos que le pertenecen solo a él, es decir que se inserta con sus atributos personales, individuales a ese mundo social.

Con esos atributos que posee, muchos no visibles al mundo exterior, sencillos o complejos, su estructura de pensamiento, su mundo afectivo, su dignidad, sus estrategias únicas, su mundo interno, intransferible, se moviliza y desplaza por el mundo social seleccionando y construyendo sus contenidos e imponiéndose libremente sus límites como sujeto social.

Ese mundo de sentimientos, recuerdos, fantasías crea una memoria personal que comienza su proceso de formación con el nacimiento y crece con el transcurrir del tiempo. Es sobre el cual tienen centrados sus objetivos, es lo que se proponen destruir mas allá de que para penetrar en él, utilizando la tortura, mutilen y laceren los cuerpos, “es el sentimiento del individuo de ser uno mismo a pesar de los cambios internos y externos que él ha sufrido durante el transcurso de su vida”.⁴

La identidad es un conjunto de atributos que hacen la diferencia de unos y otros. Cada persona crece, se desarrolla y moviliza confiriéndole un sentido único a las actividades que realiza, que lo hace diferente de los otros.

4 Tortura y Existencia. Charles Wastin.pag 57. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Teatinos 416. Santiago de Chile.

Influyen en la conformación de la identidad, el contexto donde se moviliza, su habitat, los objetos, la residencia, la historia, las influencias que recibe del mundo externo, dándole un marco determinado y único. Para su construcción es necesario recorrer un largo camino en el que interactúan lo social y lo personal complementándose.

El secuestro de la víctima de su contexto producía una ruptura con sus referentes, sus guías, incorporándolo a una nueva situación en la que su identidad sería sin duda la más comprometida.

Se trata de romper sus vínculos con el mundo social, destruyendo su persona, su mundo interno. Este era un momento peligroso pues luego lo incorporarían a una nueva identidad: la identidad del torturado, la identidad del preso a través de múltiples estrategias y acciones rápidas, humillantes e intimidatorias.

Era necesario entablar una larga lucha para no asumirla y más allá de su propósito, le produciría cierta fragmentación de toda su base, a la cual debería mediante un proceso rearmarla, afirmarla, unirla.

Reconstruir y reacomodar la identidad era un objetivo por ordenar la imagen de uno mismo y una necesidad permanente, que coexistía en la medida que el victimario acentuaba la represión.

Al ser la representación de uno mismo exigía una reparación inmediata. Como producto de la realidad histórica de ese presente y de una situación determinada y pasajera tenía una fuerte corporalidad.

Esta unión sólo era posible realizando un esfuerzo sin lími-

tes, reconociendo los matices y la crueldad de la realidad, buscando una adecuada instrumentación para transitar y sobrevivir, apoyados fundamentalmente en valores éticos y morales y los recursos a que cada uno en esta situación podía apelar. Todo esto era construido en el marco de un gigantesco escenario de dolor y opresión.

Estamos hablando de un proceso, por lo tanto esta fragmentación y este esfuerzo por rearmar aspectos de la identidad herida y atacada se prolongaba en el tiempo y era diferente en cada etapa.

LOS DERECHOS

Hay derechos que son inherentes a la condición humana como la libertad, libre autodeterminación, totalmente integrados a la vida cotidiana y cruzan la sociedad por ser derechos universales.

Libertad, poder de decisión y autonomía en los diferentes desempeños realizados, son derechos indispensables para un proceso creativo de vida. Los mismos tenían una impronta muy fuerte al momento de la detención donde se producía una sucesión de cortes abruptos de la realidad, separando a la víctima de su contexto e introduciéndola en un mundo desconocido donde el centro eran las estrategias inhumanas, y la pérdida paulatina de estos derechos.

Precisamente era en este momento que comenzaba a jugar un papel la historia y vivencias mencionadas.

Este proceso que comenzaba a vivir la víctima resultaba difícil y diferente a lo acostumbrado, pues provenía de un sistema donde el ejercicio de los derechos humanos era una práctica habitual, tanto en el plano colectivo como individual. Poseía y ejercía derechos en todos los planos de la vida, decidía, optaba, conformando así una gran base para accionar libremente, con autonomía y autodeterminación. La pérdida de estos derechos iba a dar paso a otras categorías como el control, la presión, la represión.

En función de esta situación aparecían dos tipos de dere-

chos : a) los universales, generales, perdidos totalmente con la detención, como la libertad, la pérdida de la capacidad de decisión y b) los que surgían a partir de esa nueva situación, como el derecho a los alimentos, la atención médica, el baño, es decir que estaban relacionados a la vida cotidiana, a lo diario.

Las posibilidades de luchar por los primeros desaparecía del contexto con la misma detención y asumían un carácter simbólico, enigmático e invisible, a su vez iban ocupando el interior de cada uno y el del colectivo.

Mientras los segundos eran más allá de las limitaciones, posibles de "reivindicar," en tanto se trataban de necesidades esenciales y fundamentalmente concretas.

Los mismos atravesaban de alguna forma todas las situaciones que se vivían en cada etapa, tenían vigencia y se proyectaban en el contexto.

El ser humano se moviliza en la sociedad como sujeto colectivo, en interacción con otros, pero transita también como ser individual.

Ambas categorías van unidas estrechamente retroalimentándose permanentemente, una sostiene a la otra y tienen valores que se corresponden, pero el que responde al momento específico que nos convoca es el individual, es el que da cuenta de la situación que sostiene la víctima, de su estructura psíquica, su identidad, dignidad.

La dignidad integra parte de una escala de valores imprescindible para el desarrollo y crecimiento de los sujetos. Es un valor que se trasmite como otros a través de la cultura, las instituciones, la educación, la familia y al ser un producto de

la condición humana es una construcción influenciada por las más variadas vertientes.

Se fortalece con la experiencia, y tiene como fuente fundamental la ética y la moral.

La lucha por la identidad en cada etapa adquiría una dimensión diferente y las estrategias que empleaba el victimario para atacarla también. Sólo para la víctima la lucha era igual desde el comienzo al fin, manteniendo una sola línea de acción, con un objetivo claro: sobrevivir.

Cuando llegaban los momentos difíciles, apremiaban en la tortura, en la soledad de un calabozo, o en el aislamiento permanente y la víctima entraba en contacto con ese universo desconocido, asesino y castrador no se separaba de su historia, se aferraba a ella como refugio y protección, como una gran nutriente que le mostraría las estrategias para recorrer el camino que le habían impuesto, y la dignidad jugaría un papel fundamental en la resolución de la situación y una salida que involucrara su integridad.

EL PROCESO Y SUS ETAPAS

Al comenzar este proceso no teníamos claro cuales serían los caminos que deberíamos transitar, aunque aquel escenario al que nos enfrentamos por primera vez , se veía repleto de sorpresas y sinsabores y lo que quedaba en evidencia era que el pasaje no sería sencillo.

Los niveles de tortura y ambientación prolijamente instrumentado en el contexto, en el primer tramo, daban la pauta de lo que sucedería, que proseguiría en el Penal con otras metodologías.

Escapaba a nuestro conocimiento que el horror sería de tal magnitud que asumiría la categoría de inimaginable, impensable. Al ingresar a ese territorio, la pregunta era como resistir la barbarie, sin conocer los tiempos de permanencia y sintiendo el acontecer del lugar como algo terriblemente siniestro.

Desde el inicio se estableció una cruda y abierta lucha por sobrevivir que con el tiempo se convirtió en el primer objetivo de la prisión. Esa resistencia amplia y profunda, basada fundamentalmente en una concepción del mundo, en ideas, iba acompañaba de elementos prácticos, que involucraban realizar pequeños movimientos, aprovechar las escasas y malolientes comidas, la higiene, el baño, es decir mantenerse en las mejores condiciones. Pero el torturador siempre absorbía la totalidad del escenario, dominaba, mientras nosotros enfrentábamos la situación en silencio, callados y muy desde el sentir.

Mientras el tiempo transcurría las necesidades fueron creciendo, realizamos una experiencia y aprendimos a construir estrategias para sobrevivir, que contemplaban el mundo interno fundamentalmente.

Nos planteamos una sobrevivencia sana, solidaria y colectiva; para ello desde cada lugar había que instrumentarla. En la tortura desde cada individualidad, en los espacios colectivos entre todos.

La Prisión Prolongada definida como “un trato cruel y continuaba con el objetivo que por otros métodos se perseguía en la tortura. Esta mediante un abrumador aflujo de estímulos en calidad y cantidad, en un período de tiempo de semanas y meses. La otra por un proceso lento y continuo, inteligentemente planificado y dosificado, desgastante a largo plazo, medidos en años y...”⁵, era un proceso dividido en etapas diferentes, cada una cumplía con objetivos específicos, pero totalmente vinculadas entre sí, interrelacionadas, siendo una el origen de otra, variando solamente la metodología.

Todo el proceso mantuvo el mismo contenido, los mismos objetivos que se extrajeron de la Doctrina de Seguridad Nacional, sustento ideológico que proclamaba y reclamaba el exterminio de la sociedad. Así el Estado uruguayo fundamentalmente militares y civiles también, arrasaron y eliminaron en forma autoritaria todo vestigio de razón, ideas, colectivos.

5 Revista *Aportes*, “Consecuencias psiquiátricas de la tortura y la prisión prolongada”, Dr. Orlando Martineli, pág. 45.

La metodología hacía referencia a las formas de trabajo que emplearon, creativas por cierto, la destrucción de seres humanos, desapariciones forzadas, procesamientos, robos, saqueos, interrogatorio con el empleo de la tortura en sus múltiples e infinitas manifestaciones.

Hacemos la precisión de que la tortura era ejercida desde el comienzo al final y si se menciona sólo en el interrogatorio es a los efectos de una mejor comprensión.

Se pueden diferenciar dos grandes etapas en este proceso. La que correspondía a la Tortura donde había una situación de aislamiento, sin contacto con el mundo exterior, mínimas posibilidades de sobrevivencia y fundamentalmente un fuerte apremio físico y psicológico.

Etapas de alto riesgo al estar acotada por el tiempo y porque fue donde concentraron la ejecución de los vejámenes más terribles, el empleo de todo tipo de tortura con instrumentos estructurados especialmente, haciendo de ella una instancia intensa y dolorosa.

Si bien llegó a ser larga, en general era más corta en relación a la que se vivió en el Penal.

La etapa del Penal, estructurada, organizada, planificada hasta en sus mínimas expresiones para seguir dañando y creando situaciones límites, tenía la característica de ser prolongada en el tiempo.

La dinámica de la prisión, en el Penal, tenía un componente de fuerte intensidad y la percepción del tiempo cobraba una dimensión infinita, prolongándose por espacio de horas, días, meses, años, mientras que en la tortura llegaba un momento en que posiblemente al victimario no le interesara más la vícti-

ma, que perdiera valor porque sus necesidades estratégicas eran de seguir avanzando en sus objetivos poniendo fin de esta forma a ese trágico período. Además, a medida que pasaba el tiempo, la víctima se iba separando de la realidad y del conocimiento del que fue portadora.

RECONSTRUYENDO LAS ETAPAS

Previo a la descripción creo conveniente precisar lo que tuve en cuenta para su reconstrucción.

Este proceso de interpretación lo baso en acontecimientos de la realidad, del contexto en el que estuve inmersa, y a partir de la observación que pude realizar y las imágenes que proyecto son hechos reales, objetivos, basados en esa realidad específica.

Para poder realizar este proceso debí realizar omisiones, selecciones, uniones, fragmentaciones.

Le di un orden cronológico para lograr una mejor comprensión, pero también las etapas tienen en si mismo un orden lógico, tienen un comienzo, un origen, nacen como producto de una realidad, tienen también una causa, tienen una razón de ser, un objetivo, un contenido, una función, un rol y también un fin.

Quiero expresar también que frente a estos hechos, que parten de esa realidad específica, le agrego mi subjetividad, la visualización del fenómeno que va cargada de mi sentir, de la capacidad de mi estructura para captar los fenómenos y expresarlos.

Así fui categorizando a cada una, asignándole un valor, niveles de gravedad, de acuerdo a mi experiencia y sentir, más allá de que todo este proceso estuvo signado en forma permanente por la crueldad, el horror y el dolor.

Por ello reitero, no puedo realizar generalizaciones sobre muchos aspectos, puedo narrar o describir los hechos, pero no afirmo que otras víctimas lo visualizaran igual.

Mientras describía las etapas sentí que me convertía en un eje de todo aquel acontecer. Así traté y busqué la forma de darle integridad a los relatos, afirmando la legitimidad de mi posición. Debí sortear varios obstáculos, al enfrentarme a cada etapa, debí lograr cierta flexibilidad para alejarme a veces, acercarme otras, transitando a través del tiempo y el espacio.

La descripción de las etapas que relato a continuación corresponde al período en que fui detenida: 1975-1981 y como decía anteriormente estuvieron totalmente interrelacionadas.

El proceso comenzaba con la detención, donde secuestraban a la víctima de su domicilio, en general era un acto rápido.

El interrogatorio era una etapa bastante larga, que incluía la aplicación de diferentes formas de tortura, tratando de quebrar a la víctima de las más variadas formas, demostrando el victimario una amplia instrumentación para transitar la etapa sin aparentes lesiones.

Luego le seguía una situación que podríamos definirla como intermedia o de espera y en ella se podía volver a los centros de tortura, se producía el procesamiento donde se oficializaba la detención y se tipificaba el delito de la víctima, asignándole los años que debería cumplir en la prisión.

Para las etapas mencionadas, el victimario usó lugares oficiales y otros inmuebles, algunos requisados a organizaciones que ya habían caído antes.

Fueron centros clandestinos de tortura: La casa de Punta Gorda; La casa de Juan Paullier, requisada al Movimiento de

Liberación Nacional-MLN –llamada la Cárcel del Pueblo–, el 300 K ubicado en el Batallón de Infantería N° 13 de Camino de las Instrucciones

Un lugar de tránsito, entre otros, el cuartel de la Brigada de Infantería N° 14 de Camino Maldonado, donde estuvimos ocho meses.

Un lugar donde se cumplía la pena: el Penal de Punta de Rieles.

Otra instancia que se desarrollaba en libertad, pero era una forma más de seguir controlando las actividades de los ex presos/as y que consistía en un trámite administrativo de registro de firmas en el Prado o los cuarteles.

LA DETENCIÓN

La definiría como el primer contacto con el victimario y el momento en que tomó por asalto a su víctima, su casa, bienes, intimidad, despojándola y separándola de su mundo, eliminando rápidamente sus posibilidades de defensa.

Procedió a secuestrarla de su domicilio en forma secreta, generalmente de noche, realizando el traslado a un lugar “clandestino” no público, del cual solo ellos tenían conocimiento.

Esta etapa tenía una serie de movimientos previos que desconocían las víctimas, los procesos de investigaciones que realizó inevitablemente el victimario antes de proceder a la detención.

Pudieron consistir en vigilancia sobre los domicilios, en los lugares de trabajo, control de vehículos, robo de documentos en instituciones públicas o privadas, seguimiento a personas, instituciones, y una larga lista de lugares que observaron desde sus puestos de vigilancia.

Durante el período anterior a la detención se vivía una situación de incertidumbre donde en forma permanente se recibían señales de la proximidad del victimario, creándose para las víctimas un estado de inestabilidad y temor, difícil de sobrellevar. Frecuentemente se conocían las detenciones a través de la prensa, así no era difícil ubicarse en la amenazadora situación que se vivía.

El impacto ante la detención producía una fuerte movili-

zación y desestabilización, fundamentalmente por el atropello y las formas peculiares de acción; allanaban los domicilios, abrían impunemente las puertas, golpeaban, rompían lo que encontraban, insultaban y sin reparos éticos robaban lo que iban encontrando.

Ese comportamiento que desplegaban los victimarios provocaban una serie de sentimientos y necesidades muy significativos relacionados a la auto protección, de los golpes, moviendo la cabeza, intentando darse vuelta, agachándose y acompañaba esa situación planteada, un temor profundo, intenso, penetrante, que iba ingresando en el corazón y la mente y no se abandonaría hasta el final de todo este proceso.

Todos estos sentimientos o reacciones provocadas estaban signados por la necesidad de pasar desapercibidos de alguna forma. Habitar ese espacio, propiedad y terreno del victimario, nos hacía buscar, asumir una actitud de invisibilidad.

Esa situación tenía como otras tantas, carácter transitorio, porque para el victimario siempre estábamos visibles, éramos su objeto de investigación, era simplemente una necesidad, una forma de detener la situación, amparándonos de los peligros que aquel infectado territorio ofrecía en cada instante.

Desde el momento en que llegaban a un domicilio se manejaban con firmeza, parecía que conocían el terreno y que lo dominaban, también demostraban la impunidad con que actuarían hasta el final.

Mientras revisaban toda la casa dando vueltas y tirando al piso lo que encontraban, se observaban sus movimientos que al principio parecían fuera de contexto, desnudando la intimidad, penetrando en los rincones, robando.

Surgía una interrogante ¿cómo llegaron?, ¿por qué llegaron? Pero era más importante saber porque llegaron que la estrategia que emplearon para hacerlo.

Uno indicaba que llegaron porque conocían algo de nuestras vidas, compromiso y acción en relación a la participación en la resistencia. El otro indicaba que hicieron un seguimiento, alguien les proporcionó la llave, la dirección, el nombre.

Al iniciarse esta etapa se resquebrajaba la vida, las acciones, los proyectos de las víctimas a quien obligaban a ingresar a un mundo limitado, aterrador, donde la ausencia de valores y derechos era permanente.

Le asignaban un número, le eliminaban el nombre, primer gran ataque a la identidad.

Posiblemente era en este momento que en forma inconciente se elaboraba, inevitablemente, un proyecto ético, elemental y sencillo, que contemplaba la defensa de la dignidad, enfrentando totalmente a la opción que ellos representaban.

Antes de instrumentar este proyecto la víctima debería asumir una de las tres situaciones que surgían a lo largo de la Prisión Prolongada optando por: a) negar la realidad, en forma inconciente, creando una fantasía que lo que vivía sería solo por días, posiblemente no le pasaría nada porque su papel en la resistencia fue secundario; b) asumir rápidamente siendo conciente que lo que sucedería sería grave, enfrentando el sistema de miedos que le invadía, sintiendo que debería pasar por una prueba dolorosa y difícil, o, c) entregarse plenamente al victimario.

Todas estas situaciones, deberían de restablecerse rápidamente porque la dinámica impuesta era extremadamente ver-

tiginosa y exigía una respuesta de parte de la víctima.

Razonar, pensar en situación de tortura y represión, no era un hecho sencillo, porque no había tiempo y porque debía procesarse mientras apremiaban físicamente, por lo tanto, el nivel de razonamiento debía de ser sencillo y concreto basado en lo que cada uno quería de sí mismo y en las posibilidades que tenía de enfrentar la situación.

Todo esto era acompañado por algo interno, que salía como un aluvión de nuestros cuerpos, náuseas, llanto, temblor, descontrol de esfínteres, varias y repetidas veces. En estas circunstancias el esfuerzo para lograrlo se apoyaba en las potencialidades, capacidades y reservas que cada ser humano ha creado para sí, y en la estructura de cada uno .

Y al observar sus movimientos, preguntas, gestos, sus primeros golpes y amenazas, se comprobaba lo cierto de las primeras imágenes que nos proporcionó el imaginario popular hablando de muertes, tortura y dolor.

Eran hombres vestidos de civil actuando como animales salvajes, golpeaban, tiraban todo lo que encontraban a su paso, insultaban, robaban.

Efectivamente sus aspectos, actitudes y comportamientos nos hablaban de terror y horror.

INTERROGATORIO

El interrogatorio fue un instrumento fundamental para recoger información, reestructurar el mapa del funcionamiento y la estructura de las organizaciones y también un importante apoyo de presión sobre la víctima.

Implementado sobre la base de la entrevista, que es una técnica empleada por las Ciencias Sociales y de la cual existe una importante información .

El empleo de las mismas estaba directamente relacionado al caso y los objetivos que perseguían. Los interrogatorios los realizaban a veces con entrevistas de carácter estructurado o semi estructurado según abordaban un aspecto o varios.

Cuando era semiestructurado, el interés lo centraban en obtener una información abundante del conjunto de temas que estaban investigando, que iban surgiendo o deduciendo del interrogatorio y no lo acotaban a una temática específica, sino iban tejiendo, con un buen manejo de la información que ya tenían, un involucramiento de personas, actos, situaciones e incorporando temas, hechos, fechas, etc.

La entrevista estructurada tenía como objetivo revelar una información única, a veces puntual, pero siempre en torno a una temática específica, para ello se tomaban el tiempo necesario, lo que hacía a este tipo de interrogatorio muy doloroso para la víctima.

En general el interrogatorio era realizado “sin público”, en

forma aislada, aunque en los momentos en que tenían muchos detenidos/as y poco espacio, o cuando necesitaban que el resto escuchara lo que pasaba con alguien, borraban el secreto interrogando en los espacios comunes a todos.

El hecho de aislar a los detenidos/as en los interrogatorios les permitía que no sintieran el peso del colectivo, por la fuerza que proporciona el grupo.

También el aislamiento respondía a otros propósitos. Ejercer presión libremente sin testigos, manejando la información, creando una situación de temor, y realizar en las mejores condiciones, en un ambiente donde tenían el dominio total, una fuerte presión para ablandar.

La tortura aparentaba ser un hecho aislado y solitario, en tanto lo realizaban sobre una persona en esas condiciones de aislamiento.

En sí, la tortura era un hecho colectivo, porque todos participaban más allá de situaciones diferentes, y lo colectivizaban porque desde la estructura que poseían manejando su poder, se encargaban de propagar lo que estaba pasando, involucrando de esta forma a todos.

Instrumentaron un andamiaje de tal magnitud que obligaba a las víctimas a sobrellevar la situación con mucha angustia y le agregaban una permanente preocupación por lo que pasaba a su alrededor.

En aquella situación de gran tensión, en un escenario armado para un objetivo colectivo, la víctima sentía una serie de sentimientos, dolor por otros, tanto en caso de conocer a quienes estaban torturando o no conocerlo, sentía culpas, por lo que estaban viviendo y lo invadía una sensación de pérdida,

de amenaza que causaba un dolor lacerante, persistente.

También tenía como objetivo que la víctima enfrentara la agresión del victimario sin el apoyo de quienes la rodeaban.

El victimario ubicado desde un lugar de poder, con todas las posibilidades de “debilitarla” manejando su dolor y su vida, conocía que este apoyo era una necesidad para la víctima.

Este aislamiento en general le permitía al torturador descontextualizar a la víctima, contextualizándola en un ámbito desconocido del cual no tenía noción, ni de los límites, ni de la extensión. Sacarla de un espacio conocido para trasladarla a un lugar lleno de peligro.

Los espacios físicos donde interrogaban, estaban altamente tecnificados con todo tipo de materiales: archivos, fotos, cassetes, grabadores, instrumentos tales como: caballete, tacho, cables, ganchos, pinzas, tenazas, látigos, alambres, palos, piolas, camillas, medicamentos, médicos, enfermeros y como una parte más de ese entorno una música violenta y asfixiante.

Los niveles de participación en los interrogatorios involucraban tanto a la tropa como a la oficialidad, si bien cada uno tenía un cometido específico.

Un nivel era el que realizaban los soldados de particular que revelaban una información básica, datos identificatorios, domicilios, nombres de la familia, trabajos. Los primeros días cada guardia que ingresaba reiteraba el operativo con meticolosa precisión.

Otro nivel era ejecutado por los oficiales que secundados por la tropa, atacaban todo lo que más afectaba a la víctima, la familia, hijos, parejas y tenían a su cargo los temas centrales dirigiendo todo el operativo de la tortura.

Para ambas modalidades de interrogatorio, pero fundamentalmente en la última seleccionaron hechos y acontecimientos dolorosos. En muchos casos las víctimas habían perdido familiares antes de su detención y aún estaban en proceso de duelo, así la estrategia del victimario era revivir el dolor de la pérdida en forma permanente.

Otra forma, era la amenaza de muerte a los familiares sobre todo aquellos más cercanos a la víctima y con quien ésta mantenía una fuerte corriente de afectos.

Otra forma difícil de soportar era todo lo relacionado a la sexualidad, podían ir desde insultos, manoseos y la forma más cruel quizás, hayan sido las violaciones.

Durante los interrogatorios emplearon permanentemente todas las formas de torturas interrelacionándolas, acentuando unas u otras. La tortura física empleada con instrumentos, la tortura psicológica que cubría todo el territorio y se mantuvo hasta el final.

Las mismas provocaban numerosas sensaciones y consecuencias y enfrentaban a la víctima a una impresionante movilización que en definitiva tocaba la base de la existencia en el plano individual como social.

La lucha que se estableció en esta situación fue más allá del dolor físico, era una lucha profunda donde el victimario en función del conocimiento que poseía intentaba aniquilar, eliminar a la persona, matar la identidad, matar al ser pensante.

La víctima sólo tenía un camino, muy difícil por cierto, que era instrumentarse para la defensa. Defenderse con toda su estructura, rodearse de una coraza que involucraba el olvido, sueños y proyectos.

En esta situación el olvido significaba algo sencillo, un esfuerzo por no recordar todo aquello que comprometiera a otros, tanto hechos como personas, sin olvidarse que apremiaban por seres a quienes amábamos, con quienes teníamos vínculos, habíamos compartido sueños, esperanzas, y lo último que queríamos para ellos era algo parecido a lo que estábamos viviendo.

Apelar al pasado tratando de que afloraran los motivos por los que estábamos ahí, aprovechando para reafirmar una vez más que el único delito cometido era haber sido capaces de soñar, porque tuvimos esperanzas y apostamos al futuro. ¡Única forma de defender la identidad y los derechos, no hay recetas para esto!

En la instancia del interrogatorio quedaban en evidencia las diferencias de comportamiento, antagónicos, diferenciados, de víctimas y victimarios.

Uno en nombre de la justicia y de la patria trataba de eliminar, asumiendo el papel de salvador, mientras el otro desprotegido y separado de su contexto trataba de salvar su vida, apoyándose en la dignidad.

Durante todo el interrogatorio la víctima se enfrentó a un fuerte sistema de miedos y temores, pero pudo entablar una lucha por la sobrevivencia, una búsqueda permanente de estrategias y todo esto hizo que se moviera con plasticidad involucrando el presente pasado y futuro.

Decíamos anteriormente que la víctima no se desprendía de su historia, involucrando el pasado que le proporcionaba fuerza, una fuerza interior fuerte en recuerdos, errores y aciertos.

Un pasado donde encontró los contenidos por los cuales desafiaba el presente tan oscuro que estaba transitando. Ne-

cesariamente debería proyectar esos contenidos al futuro y seguir resistiendo en el presente. El futuro significaba la recuperación de la vida y la libertad.

Así, movilizándose para sortear las dificultades cargada de angustia e incertidumbre, la víctima se iba desplazando en el tiempo realizando un juego entre el presente, pasado y futuro.

Ambos tiempos cumplían en esta instancia un papel determinado, eran situaciones que se movían permanentemente en función de lo que le acontecía a la víctima y de las necesidades que tenía.

Era como mirar alrededor, mirar hacia delante, volver la cabeza atrás, pero siempre partiendo del contexto que determinaba hacia donde se debería hacer.

Estos tres tiempos asumían posiciones temporales en medio de la relación social, enfrentada y dura, establecida entre ellos, su contexto y nosotros implantados allí.

El pasaje de uno a otro, la capacidad de transpolar los tiempos, eran también caminos para buscar los apoyos necesarios, y transitorios, pero útiles en cada momento.

Para su selección había que realizar una asociación de hechos y acontecimientos permanentes y la resultante de su análisis determinaba adonde dirigiámos la mirada.

En muchos casos era necesario una rápida reconstrucción para pasar de un tiempo a otro, quedar en uno, aferrarse a otro.

Para este invisible operativo era necesario tener en cuenta la interioridad, mirar hacia dentro de uno mismo, y la dimensión del problema que teníamos, siempre que la situación lo permitía.

Había un tiempo que era precisamente el que vivíamos, el

presente, que necesariamente oficiaba de ordenador, de organizador, de acomodador de las situaciones, porque dejar librado al azar, sin ordenarse en aquella situación podía suceder que los tiempos subyacieran como fragmentados en todos lados. Mientras ordenarlos, operaba en favor nuestro, pues era producto de una decisión razonada y las posibilidades de acierto eran mayores.

Así, el presente lleno de miedo y terror adquiría un sentido y una función determinada dentro de la terrible situación.

El pasado que a través de los recuerdos traíamos al presente, lo usábamos, lo convertíamos en algo tangible y cercano.

En ese pasado, apoyo y necesidad sentida, íbamos vertiendo todo lo acontecido recientemente, con las perturbaciones, los dolores vividos, la tristeza.

Ambos, el presente que recibía y el pasado que almacenaba el dolor, alternaban como acopios de experiencias, como alternativas que serían seleccionadas según las necesidades.

Con los cambios transitorios de los tiempos, mitos y estereotipos incorporados, asumidos e internalizados, se rompían en forma permanente, se fragmentaban dando paso a otros, con diferentes funciones, sostenidos siempre por necesidades.

Aquellos que fueran más necesarios para transitar los tiempos se reconstruirían como soportes a la situación creada.

Mientras un conjunto de sentimientos, fuertes, dolorosos, lacerantes, acompañaban durante todo el transcurrir de las etapas, y quizás donde se manifestaban más fuertemente era en el interrogatorio y la tortura, fluctuaban entre el terror, horror, angustia, vacío, dolor, decaimiento y contrariamente una esperanza, casi tenue, acompañaba los cuadros de terror.

En estas situaciones que escapaban a la racionalidad, fuera de los marcos conocidos y habituales, desconocidos por la atrocidad, ausencia de derechos, se agregaban otras no menos complicadas.

La desaparición abrupta de lo cotidiano, los referentes diarios, daban paso a un submundo desconocido, que rompía con los esquemas habituales de convivencia. Su contenido impregnado por la política del victimario y su contexto, sus normas, sus reglas, sus pautas adquirían un carácter casi enigmático, sádico y fuerte.

Este carácter que le imponían a la situación provocaban determinados estados en las víctimas que tenía como resultante una actuación determinada basada fundamentalmente en el sentido común, cuidaba de no perturbar o provocar esa reglamentación impuesta, porque hacerlo significaba ir en contra de la preservación de su vida. Por otra parte sentía que apartaban sus derechos cada vez más y se amparaba transitoriamente en ese nuevo mundo impuesto.

Este ingreso y adaptación tenía un costo y un esfuerzo y requería inevitablemente la capacidad organizadora, la rápida comprensión de los vertiginosos cambios que se operaban en el contexto. Así la víctima iba asumiendo un nuevo rol, en la que su función organizadora cumplía un papel preponderante, de ordenador, de evaluador de la situación y hasta juez de sus propias actitudes.

Otro estado ligado a los anteriores que se producía con frecuencia, tenía que ver con lo específico que se desprendía de una generalidad, la defensa de la vida y la cercanía de la muerte, específicamente las situaciones límites.

Las mismas estaban pautadas por: la imposición, el empleo de la fuerza, los instrumentos de la tortura, el contexto, los ruidos, las gritos, el murmullo de las mil voces, conduciendo a las víctimas a un estado donde sus capacidades no tenían posibilidad de respuestas, aumentando de tal forma el dolor que se llegaba a la pérdida de la noción de la realidad, en el mejor de los casos.

Estos eran momentos dificultosos para las víctimas, no solo por el nivel de dolor, sino por la presencia de sentimientos encontrados, la aparición casi obligada de recuerdos del pasado ante la proximidad de la muerte, los infinitos deseos de la culminación de la tortura, más el terror sufrido llevaban a situaciones como bloqueos reales, olvidos reales, y el silencio comprometido.

Nuevamente, el mundo interno, libre y racional, se enfrentaba una vez más, a lo impuesto, procesándose ese movimiento dialéctico entre, la ruptura, el quiebre y la reconstrucción .

Y como estos elementos cruzaban el proceso en forma permanente, no ser un sujeto vulnerable a los objetivos del torturador era extremadamente difícil, porque además, teníamos, aparte de estos operativos internos, necesarios, que se operaban en nosotros, una gran fragilidad que había que atender, porque el contexto ejercía una importante influencia, más el hambre, el frío, el dolor y el terror que reinaba estaban ahí como poderosos instrumentos del torturador tratando de atrapar y ganar.

¡La lucha había empezado, había que ubicarse y reubicarse permanentemente para sobrellevar la situación!

CONOCIENDO AL VICTIMARIO

El proceso de conocimiento entre los seres humanos es un hecho cotidiano, que se realiza como necesidad de interactuar, crear redes vinculares, apoyar situaciones propicias, también, para que las relaciones aporten al crecimiento y madurez.

Para conocer objetos y sujetos de la realidad no basta tan solo con observarlos, muchas veces es necesario una aproximación en profundidad, un “entrar” en el otro. Así conocer significa un proceso que tanto victimario como víctima debieron realizar.

Antes de la detención el victimario tenía una serie de conocimientos aproximados de la víctima. Conocía generalmente sus actividades, su nivel de responsabilidad, su ubicación en la organización, sus contactos, referencias de su familia.

Era a través de estos elementos que comenzaba a realizar el perfil de la misma.

Tipificaba a las víctimas en función de una escala, arbitraria, que tenía relación con la ubicación que le asignaba en la organización y que fue usada en los años de la dictadura. Quienes pertenecían a la dirección, quienes ocupaban otros cargos de responsabilidad llamados periféricos, y la base, que la integraban los militantes diarios, de organizaciones de base, pero sin responsabilidades en otras estructuras de la organización.

El victimario necesitaba para aproximarse desentrañar la cara no visible, lo interno, lo oculto de la víctima, tema central de su combate.

Intentaría bucear dentro del ser mismo, buscando indicadores que le señalarían los niveles de adhesión de su presa e insumos para conformar el perfil, y también destruirla.

Desentrañando las ideas, adhesión, nivel de compromiso, podía ubicarla en la escala de tipificación creada para el momento político: dirección, periféricos, base.

La víctima mediante ese proceso lo fue conociendo; era capaz de reconocer su voz, intuía sus gestos, sentía sus pasos, podía afirmar a que distancia estaba. Tenía una desventaja en relación al victimario, la habían privado de un sentido esencial, tenía los ojos tapados, pero aún así en ese tiempo había aprendido a reconocerlo, empleando otros sentidos.

De ese contacto la víctima aprendió desde su lógica racional a conocer la lógica con que se movía el victimario.

Primariamente era posible creer que ese mundo absurdo y contradictorio carecía de planificación, que las acciones se desarrollaban a merced de la casualidad, que una acción no tenía una secuencia en otra. La causa de esta apreciación tenía dos orígenes: porque las víctimas observaban desde su ser, desde su mundo, desde la racionalidad, la coherencia, y porque eran las primeras impresiones.

A través de este proceso de conocimiento se revelaba el mundo del torturador, las coordenadas por donde se movía, su insensibilidad, la pronunciada ausencia de sentimientos o signos de arrepentimiento. Quizás algo que da cuenta de este personaje fueron las acciones concretas, mientras comía y escuchaba música, cumbias, metía a su víctima en un tacho de agua hasta asfixiarla como si fuera un hecho integrado a la vida cotidiana, sin importancia, sin relevancia.

Por un lado se mostraba fuerte, con poder, movilizándose en un sistema jerárquico, orden y fuerza, poder y omnipotencia, y contradiciendo esa postura de fuerza, frente a su víctima con los ojos vendados se manifestaba desestructurado tejiendo fantasías sobre supuestos, tratando de recoger información .

El poder del victimario no tenía límites, accionaba con total impunidad, amparado en normativas que había creado, decidiendo sobre aspectos sencillos, diarios, complejos, y también sobre acciones de mayor envergadura, como el nivel de tortura o el destino de la víctima.

Para triunfar cumpliendo su objetivo apelaba a formas violentas de acción, seleccionándolas y ejecutándolas hasta el final, todas, respaldadas por un sistema de jerarquías, mandos y órdenes.

Pero en el ejercicio de poder intervinieron otras variables que tenían que ver con la personalidad, el carácter, la historia de vida, el contexto de donde provenía, la institución y desde luego con la ideología que sustentaba. En este sentido cabía plantearse, que para realizar un deshumanizado trabajo, donde la vida y el sufrimiento de los seres humanos estuvieron en juego, sólo era concebible cuando había un sustento de ideas, una concepción del mundo y de la realidad en la cual lo civil representaba lo malo y su institución el mesiánico papel de salvadora y buena.

Desde ese lugar es que el torturador aportó algo personal, precisamente la parte no humana de su ser, su ensañamiento, su empeño en la destrucción de su víctima.

Se lo veía atrapado por su tarea, empeñado en cumplirla, hecho que lo hacía más temible aún. Toda esa postura que había

desplegado demostraba también que él era producto de un contexto, de una formación, de una institución, de una ideología.

Su accionar lo mostraba como proveniente de una estructura encerrada y circunscripta a su propia historia, que habían construido sobre la base del odio, la discriminación, el desprecio.

El poder que poseía el victimario causaba un fuerte impacto. Tenía mando, tropa a su cargo, era quien decidía sobre todo, se movía en un marco de indignidad frente a la gran dignidad de sus víctimas.

Mediante el ejercicio del poder actuó sobre ella inferiorizándola, desplegando y haciendo sentir su fuerza.

En este despliegue de acciones fue acumulando más poder porque estuvo en una situación privilegiada, nadie se le oponía, sus víctimas estaban en inferioridad de condiciones y la tropa respondía a su mando.

Mantenía con sus subordinados, soldados, cierta distancia, uno ordenaba el otro ejecutaba, creando una relación de independencia, dependencia, quizás es aquí donde se observaba que había un grupo ejecutor y el otro totalmente involucrado con la ideología que sustentaba.

El torturador con su poder actuaba impunemente, con independencia, decidiendo por su voluntad, mientras la tropa actuaba en situación de dependencia, subordinada al mismo.

Las órdenes que impartía tenían varios niveles de exigencia: rapidez, confidencialidad, apoyo, adhesión a lo que realiza.

Muchas veces ese poder se visualizaba como un atributo, como algo personal, tenía “voz de mando”, gritaba, hablaba fuerte, se desplazaba con rapidez, eran cualidades personales

que le apoyaban a legitimar su autoridad, utilizando los recursos que se le ofrecían y creando estrategias para lograr sus objetivos.

Posiblemente comprender el perfil del victimario integre uno de los capítulos más difíciles de esta trágica historia de la dictadura, pero, se podría afirmar que el torturador era un sujeto comprometido con ideas, órdenes, obediencia.

Careciendo de valores, transitaba el tiempo sin cambios, sin otra capacidad que no fuera la de proporcionarle daño a otro sujeto.

Del fondo de su ser emergía un miserable contenido que era la esencia de su vida autoritaria.

Empobrecido como ser humano, con creatividad sólo para instrumentar sufrimiento se constituyó en la negación de la idea y de la vida.

DEL 300 K AL CUARTEL DE INFANTERÍA DEL Km14 DE CAMINO MALDONADO

Después de haber estado un largo período en aquel terrible lugar conocido como el 300 K, El Galpón, o El Infierno, ubicado en el Batallón de Infantería Blindado N° 13 en Camino de las Instrucciones, el lugar más preparado, mejor instrumentado para torturar y donde permanecimos más tiempo, fuimos conducidos a un cuartel: el Batallón de Infantería ubicado en el Km 14 de camino Maldonado.

Las condiciones del traslado en el carromato, no indicaban que la tortura había terminado, nos tiraron en el piso unos encima de otros, heridos y sucios.

Los hechos se volvían a repetir, nos recibieron como en los centros anteriores, cada uno era apaleado con enormes garrotes y bastones con pilas que producían grandes descargas, a medida que bajábamos del vehículo.

Luego nos ubicaron cerca de la pared en una enorme habitación y empezaron a repetir una operación ya conocida. Una enorme lluvia de garrotazos caía sobre cabezas, cuerpos, mientras nosotros, vendados y atados de manos nada podíamos hacer, seguíamos siendo sujetos pasivos y sufrientes ante los golpes.

El tiempo que permanecimos allí estuvimos sentados en el suelo de baldosas, por las noches nos dejaban tirar en el piso, mientras un frío helado, calaba los huesos.

Nuestros cuerpos no se acostumbraban a la barbarie des-

atada, tampoco al hambre, al dolor, sueño, más allá del tiempo transcurrido.

Luego de unos días nos trasladaron a un galpón con ventanas muy altas donde solo se podía ver un pedazo de cielo y alguna estrella cuando llegaba la noche.

Durante los primeros meses no sentimos el calor del sol, no vimos la luz del día, vivimos en una oscuridad total, con luces artificiales en forma permanente y venda en los ojos.

Se entraba al lugar por un pequeño vestíbulo, a la izquierda se ubicaba el galpón donde vivíamos, hacia la derecha los baños, quizás había alguna oficina o espacio para los soldados que nos custodiaban. Allí permanecimos por un tiempo, y éramos alrededor de 60 entre hombres y mujeres.

Nos asignaron a cada uno una ubicación sobre la pared y en el medio del espacio. Nos daban dos comidas y un desayuno, estábamos sentados en el suelo con vendas en los ojos, podíamos ir al baño solamente dos veces al día.

Un día separaron a las mujeres de los hombres trasladándonos al primer lugar que nos recibió cuando llegamos del 300 K. Allí había mujeres que habían llegado de la tortura en días posteriores. Nos constituimos en un grupo de más de 30 personas, muchas convivimos los horrores de la represión y estuvimos juntas por años.

El lugar era conocido como la cantina, tenía una puerta y ventanas con rejas, vidrios pintados que no permitían ver hacia fuera, no tenía mobiliario alguno, ni baño, ni cocina, ni camas, ni colchones, ni mesas, ni sillas. No tenía nada, era solo un espacio vacío al que llenamos con nuestras penas y dolores.

Me ubicaron en el primer lugar frente a la puerta que mos-

traba un enorme espacio, luego supimos que era el patio de armas.

El cuartel era una gran edificación de color amarillo rodeando este patio. Por él transitaban camiones, camionetas, desfilaron tropas, se ejercitaban los batallones, lo cruzaban guardias de hombres armados y gente corriendo y gritando como si ese fuera el sistema de vida de esa colectividad.

Cada mañana la banda de música ensayaba marchas militares, el himno nacional, pisoteado y vaciado, y música popular en un tono desafinado y grotesco.

Por frente a nuestra puerta pasaban soldados con trajes coloridos, sombreros con penachos, que se denominaban orgullosamente la banda presidencial.

Los soldados corrían nerviosos haciendo diligencias, gritando casi permanentemente, se paraban y hacían la venia, frente a los superiores que controlaban el accionar del cuartel.

La puerta de la cantina tenía rejas y una guardia armada permanecía afuera controlando nuestros escasos movimientos. Desde allí, intuíamos al principio y luego observamos el enorme movimiento del cuartel.

El baño que usábamos en el cuartel estaba como a 25 metros de la cantina, afuera, frente al patio de armas. Como en circunstancias anteriores había que discutir y pelear con las autoridades para que nos autorizaran a concretar nuestras humanas necesidades; tampoco nos permitían bañarnos todos los días.

Para todos los movimientos —escasos— que realizábamos fuera de la cantina debíamos usar venda en los ojos.

Una vez que comprendimos la dinámica observamos la terrible rutina que envolvía sus actos. Nueve meses observando

frente a la puerta de la cantina nos reveló un mundo incongruente, absurdo, impreciso y cruel.

Tan cruel que en forma reiterada se suicidaban soldados, en general estaban arrestados a rigor, o en servicio se disparaban su arma de reglamento.

El cuartel contaba con una enfermería o departamento médico que con el tiempo resultó ser un centro de prolongación de la tortura.

Estaba ubicado al lado de los baños, en una habitación chica con un escritorio y una camilla, a cargo de dos médicos de apellidos Serquisian y Rivero y contaba con algunos enfermeros/as que venían del Hospital Militar. Todos ellos cubrían fielmente el rol que les habían asignado, ejercer represión de alguna forma, convirtiéndose así la enfermería en el lugar más represivo y trágico del cuartel.

La atención era mala, rápida, escasa, un control que en general lo solicitábamos nosotras y la distribución de medicamentos, realizado en las peores condiciones, sin tener en cuenta la historia y los problemas de salud.

El operativo de la enfermería era dirigido por estos dos médicos, que en varias oportunidades autorizaron la salida de compañeras para volver a torturar.

Cuando protestábamos por alguna resolución que iba en detrimento nuestro usaban una conocida frase de los torturadores: ¡lo hubiera pensado antes!

En caso excepcional nos enviaban para la realización de algún examen al Hospital Militar, que luego no consideraban ni realizaban un seguimiento de las posibles indicaciones que enviaran.

Los oficiales del cuartel eran figuras incoherentes y contradictorias, dictaban leyes internas permanentemente para reglamentar nuestra vida

Cada día, uno de ellos nos hacía formar para leer una reglamentación que ¡por supuesto! entraba en contradicción con la anterior que posiblemente él mismo había elaborado y ordenado.

Puedo recordar algunos de ellos, o sus apodos designados por la tropa que comandaban y que hacían alusión a características personales.

Un enfermero de apellido Techera que cubría el papel de “bueno” pero estuvo en el 300 K apoyando la tortura; el sargento Sánchez, un ser grosero y extremadamente apasionado por castigar que nos recibió con garrotes cuando llegamos al cuartel y estuvo en todos los traslados al 300 K en forma permanente; un comandante alto y áspero del cual no supimos su nombre, los soldados le llamaban La momia; el controvertido Capitán Chiosi, personaje grotesco, tosco, alcohólico, bufón de aquel triste lugar.

Frecuentaba la cantina para controlar y provocar situaciones difíciles. Alcoholidado en forma permanente, tambaleándose para no caer, hablaba de ¡disciplina y de la patria! cuando generalmente lo tenían que ayudar los soldados a salir del lugar pues no mantenía mucho rato el equilibrio.

La rutina del cuartel era cada tanto interrumpida por una alarma, simulacro de ataque desde el exterior. Cada soldado tenía asignada una tarea, todos corrían y gritaban, se veían asustados. Los civiles debíamos tirarnos al piso, en el mismo lugar que nos encontrara la misma.

Luego de un tiempo se operativizó el contacto con nuestras familias e implantaron un sistema de visitas controladas durante 30 minutos. A nuestro lado ubicaban una mujer-soldado- que escuchaba la conversación y tenía la potestad de suspenderla si lo que oía salía de la esfera de lo permitido.

En un enorme espacio grandes mesas oficiaban de separadores de nuestras familias. Nos traían al lugar vendadas y esperábamos sentadas, no podíamos movernos ni levantarnos de las sillas.

Nuestras familias aparecían por un extremo del lugar, apuradas, sonrientes y nerviosas. Muchos marchaban lentos por los años y las penas. Un borbollón de palabras y cuentos familiares salía de su corazón, querían saber como estábamos y que necesidades teníamos. Muchos de los nacidos en nuestra ausencia los conocimos allí.

Las visitas y el reencuentro nos permitieron reflexionar ;cuántos hechos y acontecimientos habían pasado en tan poco tiempo!

Cuando la dinámica de la vida no tiene alteraciones como las que estábamos viviendo, nada causa tal impacto. Eran permanentes las noticias sobre nacimientos, casamientos, viajes, muertes, ausencias.

Nuestro primer contacto había sido a través de un denominado paquete, era una bolsa de plastillera donde nos enviaban ropa, sábanas, material de higiene y algunos comestibles pues no todos estaban permitidos.

Al principio debíamos enviar a nuestras familias la ropa a lavar. Con el tiempo pudimos resolver parte del problema y hacernos cargo aunque siempre había algún inconveniente. En

la prisión nunca se resolvían los problemas totalmente.

Luego nos permitieron un recreo en un espacio verde, reducido, donde solo podíamos caminar. Nos llevaban en fila, vendadas y nos rodeaba una guardia armada de soldados/as.

Allí estuvimos por un tiempo hasta que llegó el día del "Procesamiento". Nuestro expediente reunía un número mayor a las cien personas.

La parodia del procesamiento involucró a todas las autoridades del cuartel incluso la tropa. Luego de un descomunal movimiento de personas, autos, camionetas posiblemente todos los vehículos, se concretó dentro del mismo cuartel el acto del procesamiento.

Acondicionaron un espacio del cuartel no muy grande, ubicaron sillas y enormes mesas como era su costumbre, detrás de las mismas se sentaron las autoridades.

Nos condujeron al lugar a escuchar nuestras sentencias, casi de muerte. Los pedidos de años eran de seis a 18 años, de siete a 18 años.

Nos mantuvieron parados/as todo el tiempo que duró la farsa, no podíamos hablar, mirarnos, preguntar y menos hacer alguna exclamación que como era lógico se escapaba de alguna garganta y corazón que no entendía la lógica de los verdugos.

Los tiempos asignados fueron cayendo como rayos sobre nuestras esperanzas. Nos asignaron un defensor de oficio, un militar al servicio de la dictadura, incompetente, hábil en el manejo de las normativas del sistema, fiel al sistema y además mentiroso.

Me asignaron un coronel de apellido Ramírez, quien enca-

ja perfectamente en la descripción que he realizado. Con el tiempo fuimos incorporando la rutina del cuartel. La vida era tan restringida que no teníamos nada que hacer aparte de las obligaciones relacionadas a la higiene y la distribución de la comida.

Los primeros meses no había posibilidades de leer, no permitían que nuestras familias nos llevaran libros. Cuando enviábamos cartas nos proporcionaban un lápiz y papel. Así buscábamos diferentes formas de combatir la crueldad de la situación, y lo que podíamos hacer era estar juntas y conversar.

Al principio los temas giraban alrededor de lo que nos había pasado, con el tiempo la situación fue cambiando en la medida que interactuábamos, comenzamos un proceso en el grupo, a estrecharse los vínculos, a manifestarse las afinidades.

Con esta nueva situación se abrieron enormes posibilidades de cambiar aspectos de la vida colectiva, fue una etapa de alta contención, y posiblemente en aquellos momentos no teníamos claro el rol que desempeñábamos.

Los días eran largos y tediosos mientras esperábamos que se produjera el traslado al Penal y que llegara el día de la visita, la falta de actividad –el ocio obligado– dificultaba el desarrollo de la vida. Se sumaba la presencia de la oficialidad, represiva e inhumana y nuestras situaciones personales conflictivas y dolorosas.

Durante el primer período no podíamos movernos del colchón, lo doblábamos al levantarnos y nos sentábamos sobre él, sin respaldo, con las piernas estiradas en una posición muy incómoda, resultando otra tortura más.

Con el tiempo nos permitieron caminar, y empezamos a

movilizarnos por el reducido entorno; casi al final de nuestra estadía, nuestros cuerpos descansaron en unas cuchetas que habían traído.

Las condiciones de higiene eran realmente malas, no teníamos baño, la alimentación era insuficiente, la atención médica no cubría mínimamente las necesidades, haciendo la situación casi insostenible.

Nuestras presencias y aspectos fueron cambiando con el tiempo; al principio todas teníamos marcas y hematomas de la tortura en los brazos, piernas, cuerpo. Quizás el ejemplo más cruel fueran los brazos de Alma, como profundos tatuajes se veían las marcas de los cigarrillos con que la habían quemado, las cuerdas con la que la habían colgado, que aún a más de veinte años de la masacre persisten en su piel como símbolo de un tiempo de terror.

Siempre estaba presente el miedo por lo que podía pasar, estando en uno de los alojamientos, sin venda, habíamos visto sacar a compañeros encapuchados y a empujones que nunca volvieron.

Teníamos claro que en cualquier momento podía pasar lo peor –ser devueltas a la tortura– aunque a veces nos ganaba la esperanza de que no sucediera.

Los presos/as viven en función de los imprevistos y nunca se ven libres de ellos, pero siempre conservan algo de alegría y esperanza para poder vivir las difíciles situaciones.

No tardó mucho tiempo en hacerse presente el terrible fantasma del 300 K.

Volvieron a buscarme. Volví varias veces a lo largo de meses. Algunas fui sola, otras fui con Miriam, emprendíamos el

camino de regreso a la tortura con el corazón apretado de dolor. Debí hacer un esfuerzo gigantesco, apelar a mis últimas reservas para sortear la situación, pues cada vez era más difícil, mi físico se resentía día a día, no podía dormir, no podía comer, tenía miedo, y hasta el ruido de los coches me producía terror.

Pero la máquina estaba instrumentada para triturar, y solo había una forma de continuar viviendo, resistir esa larga caminata en la que nos habían insertado.

Nos sacaban del lugar abruptamente, no había tiempo para despedidas, los ojos llorosos y sufrientes de las compañeras nos miraban con dolor. Antes de entrar en la oscuridad de la venda recorría con los míos aquellos rostros queridos, como la última imagen de un mundo solidario y cálido.

Después de nueve meses de pasar la mayor diversidad de problemas, nos llevaron a un nuevo espacio donde estaban compañeras que salían del Penal prontas para volver a sus hogares en libertad o ser retenidas y quedar un tiempo allí. Fue el último lugar que ocupamos en ese centro.

Constituí como el tercer o cuarto grupo que salió del cuartel, un día con Manena y Alicia vendadas y sin poder hablar, con nuestros bolsos escasos de ropa, con el corazón apretado de dolor y despedidas emprendimos el camino del que no habría retorno por varios años.

¡Ahora sí, íbamos al Penal de Punta de Rieles!

LAS BLANCAS SÁBANAS DE LUCÍA Y EL COLCHÓN DE ITURRIAGA

Estábamos aún con las vendas en los ojos cuando un acontecimiento vino a cambiar nuestras vidas y a traernos un poco de alegría.

Sin mediar palabra, abruptamente, un día cualquiera, los soldados comenzaron a llamarnos por los números, que habían suplantado nuestros nombres. Al instante una oleada de fuertes colores penetró en el recinto, verdes, azules, floreados, rayados, irrumpieron la monotonía en que nos habían sumergido.

¡Eran colchones!

Ya era verano y había calor, pero el ambiente se sentía fresco, el piso de baldosas transmitía un frío penetrante, lo que nos quedaba de ropa era poca y no abrigaba. La escasez de alimentos calientes y comida aumentaba los malestares y dolores.

En esa situación los colchones tenían un significado especial, la posibilidad de un reposo diferente, y también, la tranquilidad de pensar que nuestras familias nos habían localizado, habíamos dejado de ser desaparecidos para saber que vivíamos.

El colchón fue después de este largo período, el primer contacto con el afuera, la vida, la familia.

El operativo de entrega se realizaba en silencio, solo los soldados gritaban los números. Posiblemente todos teníamos los mismos sentimientos, una gran ansiedad por recibir el suyo.

A medida que cada uno lo recibía lo traía al lugar destinado, mientras los soldados gritaban ¡abrillo y acostate!

Mi colchón no aparecía, se demoraba. Miré por debajo de mi venda, tratando de disimular mi fracaso por no recibirlo rápidamente y observé que todos realizaban un impresionante operativo. Alrededor y en el centro del galpón todos se apresuran a tender su cama.

¡Colchones, almohadas, frazadas, y hasta sábanas! ¡No podía creerlo!

Caminaban a lo largo de los colchones, movían frazadas, daban vueltas de un lado hacia otro lado, algunos ya habían decidido su cabecera, otros con sus ropas sucias entraban en aquel sueño de dormir cómodos.

Miro a mi derecha y una compañera que ha estado sentada a mi lado por días, dando vueltas y vueltas tratando de hacer su cama, con meticulosa precisión, como si estuviera frente a un gran balcón sacude sus blancas sábanas, que al girar levantan el polvo que rodea el lugar y precisamente me rozan las manos.

¡Y con asombro compruebo que las blancas sábanas lucían encajes y anchas puntillas!

La compañera ¡al fin! se acomodó en su merecida cama y se permitió el lujo de darse varias vueltas en la misma, acomodó sus zapatos y les sopló el polvo.

Y yo, desde el suelo frío y sucio me dispuse a pasar una noche más en ese galpón.

Entré en la noche del cuartel, a elaborar mis fantasías sobre la ausencia de mi colchón. Quizás mañana llegaría, ¿cómo sería? ¿cómo pasaría esa primer noche después de tanto tiempo de vivir sobre un duro y frío piso?

Un instrumento desafinado y frío despide la noche del cuartel mientras va ganando al entorno un triste silencio.

Siento una voz que me dice muy bajo.

—¿No te llegó el colchón?

—¡No!

—Entonces te acostás en el mío

—¡No por favor!

Reconozco la voz de Iturriaga, hemos estado juntos desde el principio, en la casa de Punta Gorda, en el 300 y ahora en el cuartel.

En la Cárcel del Pueblo (uno de los tantos lugares donde estuvimos) lo conocí, también a su compañera, supe que tenía un hijo pequeño y era bancario. Era cordial, simpático y extremadamente solidario.

Un soldado atento a su quehacer medió en la situación. Iturriaga de ascendencia vasca, le explicó que me dejaba el colchón y él dormiría encima de las frazadas que había recibido.

El soldado me ordenó que me acostara en el discutido colchón.

¡No eran tiempos de discusiones!... también el colchón era tentador... agradeciendo la atención del vasco me acosté... ¡al fin!

La posición invitaba a descansar, recordar, los rostros de los seres queridos fueron apareciendo uno a uno.

¡Mi casa! Dónde estarían mis cosas ; Me dí cuenta que por primera vez recordaba mis cosas pensando que tal vez ya no fueran mías.

No demoré en dormirme, antes de hacerlo observé a Iturriaga sobre su improvisada cama. Una sonrisa generosa

iluminaba su rostro mientras disfrutaba de un sueño hecho realidad.

Miré hacia el otro lado y mi desconocida compañera ya sin moverse, quieta, entrando en el sueño, con su rostro sonriente, acariciaba con sus grandes manos las puntillas de sus sábanas blancas.

LAS FIRMAS DEL PRADO

Cuando llegó el momento de la libertad una gran confusión nos invadió. Debíamos alejarnos de ese espacio construido para el dolor y también de aquellos seres que amábamos, habíamos compartido y transitado largos años de opresión.

Al salir impactaba el contraste de una rutina impuesta pero construida por el colectivo y el movimiento de una ciudad que habíamos dejado hacía años.

Todo resultaba diferente, las calles, los ruidos, los edificios altos, la gente, hasta los familiares.

Sus rostros impactados e incrédulos nos miraban cuando llegábamos con un pequeño y escaso bolso, el pelo casi rapado y la blanca piel que durante años no tuvo contacto con el sol.

Luego, el proceso de reconocimiento de lo que habíamos dejado, inevitablemente, ya nada era igual. A Montevideo lo cubría un gran manto gris de tristeza y dolor, tampoco ayudaban las tareas inmediatas que debíamos realizar

Exactamente al otro día de salir del Penal, debíamos presentarnos en un cuartel a firmar, operativo que se realizaba cada quince días.

El objetivo de este trámite era continuar en forma organizada un control de nuestra vida en “situación de libertad”.

En estas instancias éramos muchas veces sometidos a largas esperas, plantones en la calle, en los patios de los cuarteles. A veces nos ubicaban de cara a la pared, exactamente como cuando estábamos presas.

El primer día nos informaban sobre un “reglamento para vivir en libertad”, que constaba de un articulado estudiado, que tenía como objetivo la continuación del control.

Estaba prohibido salir del departamento; no se podía salir del país, en caso de querer hacerlo, había que realizar un trámite que incluía el pago de los Gastos Carcelarios –que más adelante hago referencia–; deberíamos avisar si cambiábamos de dirección; si alguien cambiaba su estado civil debería notificarlo; debíamos registrar el lugar de trabajo y en caso de cambiarlo avisar; estaba prohibido reunirse con otros ex-presos, no se podía dejar de firmar cuando correspondía; en caso de no concurrir, por ejemplo por problemas de enfermedad, ellos enviaban a nuestros domicilios un soldado a comprobar .

No se podía hacer nada que ellos no tuvieran el control.

Me correspondió el cuartel del 4º de Caballería, donde me presenté una cantidad de veces hasta que el sistema cambió y pasamos a una dependencia militar en el Prado.

Esto de la libertad que merece un análisis especial, ofrecía otras peculiaridades como cobrarle a los ex presos/as una cantidad de dinero por concepto de Gastos Carcelarios: alimentación, vestimenta y alojamiento.

Para ello debimos concurrir a un juzgado militar a notificarnos, conservo aún la nota que me enviaron con la descripción por año de los gastos que originé y que transcribo a continuación.

Montevideo, 4 de agosto de 1981

Juzgado Militar de Primera instancia de Primer turno
Liquidación de gastos por concepto de alimentación, vestido y alojamiento.

En autos caratulado: " Juan Ormachea De León y otros."

Procesado: Mirta Macedo Corbo

Causa N° 21/78 Libro 4-A A fojas 1 y de acuerdo a la sentencia

Interlocutoria N° 42

De fecha 29 de abril de 1981

Se ha dispuesto la liquidación de gastos carcelarios de acuerdo a los Sigüientes detalles:

Por año 1975	71	x	5.00	N\$	355.00
Por año 1976	366	x	7.00	N\$	2.562.00
Por año 1977,	365	x	10.00.	N\$	3.650.00
Por año 1978	365	x	15.00	N\$	5.475.00
Por año 1979	365	x	24.00	N\$	8.760.00
Por año 1980	365	x	35.00	N\$	12.810.00
Por año 1981	111	x	50.00	N\$	5.550.00
Suma total: N\$					39.162.00

(Son nuevos pesos...Treinta y nueve mil ciento sesenta y dos)

Secretario S. Kelbi Barboza Culshaw
Bco República, sucursal Cordon, cuenta N° 33839-83

REFLEXIÓN SOBRE EL PENAL Y LA LIBERTAD

La vida en la prisión provocó dificultosos problemas que se propagaron en el tiempo, la intensidad de los hechos y acontecimientos, el aislamiento, la presión y privaciones ejercidas durante años tocaron aspectos profundos y signaron nuestras vidas, quizás, para siempre .

Pero para el victimario la prisión fue un instrumento, un laboratorio de observación y experimentación, siniestro, que se constituyó en fundamental para el trabajo que realizaba.

Lo habían instrumentado para el sufrimiento, a través de un sistema desgastante y humillante. La particularidad era que esta vez al victimario le veíamos la cara, lo veíamos actuar, se mostraba tal cual era, hecho que no lo inhibía de actuar canalllescamente.

Sus acciones eran visiblemente planificadas, utilizando toda la información que iban recogiendo a través del sistema represivo, utilizando todos los instrumentos a su disposición, la familia como rehén de la situación, el calabozo, los recreos, la comida, el servicio de enfermería, la división de los sectores, el trabajo que nos obligaban a realizar, la política de ganar presas para una concepción del trabajo voluntario, contraria a la opinión de la mayoría del colectivo que prefería no tener ningún privilegio y ningún contacto con los verdugos.

El colectivo de presas era un grupo altamente heterogéneo por edades, intereses, experiencias. Veníamos de aprendizajes,

de historias, de situaciones diferentes, de posiciones políticas e ideológicas que habían estado encontradas en el pasado.

Las presas viejas (militantes del MLN) estaban desde el año 1972 en la prisión, el resto que comenzó a caer en el 1974 (PC, PVP, 26 de marzo, GAU, PCR) eran todos los grupos que resistieron y cayeron durante la dictadura, y la conjunción de ese grupo humano fue para el victimario un laboratorio al que apostó salir victorioso.

Llegábamos a un escenario donde el grupo primario ya había marcado algunas pautas, mientras las nuevas debíamos insertarnos a lo establecido, tratando de aportar una experiencia de resistencia y un conocimiento reciente de la realidad social.

Esta conjunción de experiencias acumulada por años de quienes estaban y de quienes llegábamos con la óptica del afuera, con la experiencia de haber luchado contra la dictadura, se constituyó en una importantísima fuente de aprendizaje, enseñanza.

La discusión de lo cotidiano, la interpretación política del acontecer del Penal significó una importante apertura para el colectivo, y fue un elemento formador y transformador de la situación. Sin embargo, dentro de las estrategias del victimario prosperaba la idea de la división, que llegó a instrumentarlo con el tiempo haciendo uso del conocimiento que iba realizando.

Sus estrategias conformaban un estilo de vida que imponían en el Penal impregnado de odio, inestabilidad y fundamentalmente encaminado a dividir. Frecuentemente separaban, movían, cambiaban al conjunto de presas, ubicándolas en los sectores por determinado período.

Una de las expresiones mayores de intento de división lo realizaron durante el año 1978 cuando aislaron a un grupo político (PC) y dentro de este, dividieron al grupo entre recuperables e irrecuperables. En el marco de esta y otras estrategias que el victimario usó, la mayoría del Penal se mantuvo unida, con cohesión, fuerte, y con vocación solidaria .

Aparte era un lugar para habitar por años, dormitorio, estar, lugar para pensar, soñar, esperar que pasaran los años para volver a vivir plenamente. Habitat reducido, un espacio organizado para opacar la inteligencia.

Espacio que era habitado individual y colectivamente. Así era un espacio físico pero a la vez humano.

Llegábamos en forma individual y el tiempo, la convivencia, la amistad, solidaridad, incluso las dificultades lo convertían en un espacio colectivo.

En él se desarrollaba un mundo limitado, caótico, desestructurante, acotado a las resoluciones militares que imponían severos límites.

Era un territorio pequeño que no tenía posibilidades de expandirse, sellado, cerrado para las presas.

Nuestras miradas no podían ir más allá de los alambrados y empalizadas de madera que habían colocado los últimos años.

Territorio acotado por fuertes normativas, sanciones, que era simbólicamente transgredido por intereses, anhelos y sueños del colectivo.

Tenía una particularidad, era invisiblemente amplio, ancho, profundo para nuestros sueños de mujeres jóvenes, que habíamos llegado cargadas con nuestros ideales, que habíamos

desafiado lo impuesto buscando un mundo diferente de paz y justicia.

También en él podíamos soñar y recrear nuestros sueños personales. Ese mundo personal, íntimo, sin forma aparente, de grandes contenidos, podía vivir el tiempo necesario, sin censura porque solo nos pertenecía a nosotros y el victimario no tenía caminos para entrar en él.

La cárcel no producía arraigo, porque nunca, jamás nos consustanciábamos con ese contexto enfermo, hacíamos un esfuerzo para transformarlo, cambiarlo, con una óptica que cubriera nuestras objetivos de sobrevivencia.

Tenía la ventaja –si se puede hablar de ventajas en situación de represión– que al ser una situación colectiva favorecía las posibilidades de elaborar estrategias para sobrevivir, pensadas, razonadas, consultadas.

El hecho de vincularnos a las necesidades que manifestaba el colectivo nos abrió otros caminos. También nos apoyó para trascender las situaciones personales que debimos vivir en la tortura, incorporándonos al quehacer colectivo, abriendo así otras perspectivas.

La vida en grupo proporcionaba un espacio de participación, de discusión, aprendizajes, avanzando en aspectos ideológicos mediante la discusión, reconstituyéndonos físicamente y psíquicamente de las situaciones vividas.

También nos apoyaba a recuperar nuestra condición humana, el reconocimiento de nuestro ser social e individual, nuestra identidad herida totalmente.

Era un espacio donde permanentemente se reveían normas de convivencia saneadas de los horrores vividos, apoyando

en el plano individual para comprender los procesos de la prisión; fortaleciendo los compromisos con el colectivo y estructurando entre todas una estrategia que involucraba normas de comportamientos basadas en la moral y la ética.

También el hecho de estar en situación colectiva y establecer vínculos de confianza y conocimientos entre otras personas que habían vivido una experiencia igual, hablar un mismo lenguaje, transmitir las múltiples situaciones angustiantes nos favorecía.

Dialogar con un interlocutor que comprendía lo que queríamos transmitir, más allá de las experiencias diferentes, brindaba enormes posibilidades de paliar aspectos dolorosos y afirmar la confianza para enfrentar la situación.

El grupo nos fortalecía para superar las situaciones de soledad y el terrible desamparo a que nos vimos sometidos/das y en la medida que transcurría el tiempo lograba modificar algunos aspectos de la realidad, basándonos en un aprendizaje que habíamos acumulado, sabiendo donde estaban los límites de nuestro escaso territorio y las posibilidades que teníamos como colectivo.

Llegábamos de difíciles situaciones de aislamiento en las que no habíamos podido cubrir las necesidades de un vínculo y el colectivo abría la posibilidad de restablecer las relaciones sociales.

Ese aislamiento impuesto nos había separado de tal forma de la realidad, que teníamos una visión fragmentada y relativa, que nos daba otra dimensión de los hechos. La realidad objetiva era para nosotros la que vivíamos a diario, el contexto, el hábitat, pero era una visión estrecha. Este distanciamiento

físico de la realidad con el tiempo operaba negativamente. En la medida en que nos separábamos de ella, íbamos creando una fantasía, cuyo contenido fundamental eran nuestras necesidades por excelencia afectivas. Así la realidad se perdía entre nuestros sueños y fantasías.

Era de tal la magnitud la separación, que lo poco que captabamos del exterior nos causaba asombro, desconcierto, porque en la vida diaria y sin accidentes tenemos posibilidades de enfrentar los hechos de la realidad con naturalidad, mientras que en aquella situación y fundamentalmente por la presión y represión vivida y porque nos habíamos instrumentado siempre para recibir y vivir lo peor, los hechos cobraban una dimensión mayor. Así teníamos una tendencia a sobredimensionar lo afectivo y la familia fundamentalmente.

Con el tiempo fuimos incorporando el paisaje, los fríos del invierno, los calores del verano, las brumas al amanecer, y mediante una dolorosa represión fuimos haciendo un aprendizaje, dándole un sentido de pertenencia al grupo que habitaba el penal.

Buscábamos formas diversas para sostener la vertiginosa rutina, los cambios permanentes, los malos tratos que a diario se cometían.

Era vertiginosa porque habían impuesto una dinámica que aceleraba los acontecimientos, de gran rapidez, desarrollándose las acciones de tal forma que todo daba la sensación de girar y girar sin poder detenerse.

Todo ese acontecer de sucesos, eran exactamente los mismos, eran la repetición de un esquema aplicado día a día, que con el tiempo se convertían en hechos cotidianos.

Esa dinámica o rutina era la que caracterizaba a lo militar, permanente reiterada y en aquella situación era utilizada para reprimir y como un instrumento más de tortura, teniendo la particularidad de que siempre nos obligaban hacerlo de forma diferente.

El objetivo de realizar las acciones diferentes o la metodología que empleaban para realizarlo tenía la finalidad de desestructurar, desestabilizar nuestras vidas a través de actos que involucraban los insultos verbales, la persecución personal y colectiva por acciones que su imaginario creaba, las sanciones que involucraban la pérdida de visitas, traslados de un sector a otro, estancias en el calabozo por tiempos prolongados, requisas periódicas que consistían en dar vuelta todo rompiendo, deshaciendo a través de actos vandálicos.

Imponiendo así un macabro juego permanente que giraba entre instrumentarse –planificando acciones de convivencia solidarias y de cooperación como formas de sobrevivencias– y la inminente desestructuración que nos afectaba al momento de concretarse el hecho.

Y si bien se podía afirmar que la desestructuración era un estado transitorio, de cualquier forma nos perturbaba y nos creaba una gran inestabilidad.

Era desestructurante porque imponían un clima de incertidumbre a través de la represión. Desde nuestro lugar sabíamos que esas acciones a veces pequeñas podían tener profundos contenidos y que todos sus actos, pequeños o grandes, llevaban a consecuencias siempre graves que repercutían en el colectivo.

Las mismas creaban un estado de movilización, pues te-

nían la particularidad de romper procesos comenzados. Los cambios de un lugar a otro quebraban o suspendían lazos, vínculos y afinidades.

La vida en colectivo permitía que cada una se nucleara en torno a intereses, afinidades, afectos, aspectos recreados en las largas jornadas que vivíamos. Esa posibilidad de mantener vínculos, de conocerse, de compartir intereses creaba en nosotras un estado gratificante.

Y era precisamente lo que ellos no permitían que pasara, como así todas las acciones que tendían a mostrar cierta estabilidad, eran inmediatamente rotas, fracturadas.

Así imponían cierto desorden, cierta desorganización, que tenía un costo de dolor, de angustia, y que era necesario restaurar rápidamente desde el lugar que estuviéramos.

Toda esa situación de agitación y movimiento nos planteaba volver a empezar cada día en todo, en los afectos, en las afinidades, en las expectativas.

Esto fue conformando también para el colectivo un estilo de encarar la situación, aprendimos que en la cárcel los procesos serían por siempre interrumpidos, pero que podían seguir, madurar y crecer a la distancia, que los cortes y rupturas eran parte de un sistema impuesto al que teníamos que asimilar e incorporar a la rutina impuesta mas allá del dolor que nos causaba.

Todo esta instrumentación basada en la desestructuración, eliminación, rupturas, fracturas, separaciones, nos ubicaba en situaciones tensas y generalmente nos llevaban al límite de la resistencia.

Las presas no teníamos categorías impuestas por nosotras. No importaba para la sobrevivencia los años de vida en el Pe-

nal o las jerarquías ocupadas afuera, importaba sólo el hecho de estar en tales condiciones, los niveles de cooperación y solidaridad para el colectivo.

Las categorías eran impuestas con una política que involucraba la división, el ataque permanente, los intentos de desestructuración y desde el lugar de recuperables e irrecuperables, conceptos aplicados por el comando, en forma arbitraria la consiga general, colectiva, era trascender las dificultades para poder sobrevivir en las mejores condiciones.

La sobrevivencia, primer objetivo del colectivo y personal también, involucraba un conjunto de aspectos que hacían un todo. Ninguno de ellos podía sostenerse por sí mismo, sino era aliado al resto.

Necesitábamos sostener una adecuada crítica a la situación que vivíamos, ubicando cada hecho de la forma más racional posible.

No asumíamos la situación en forma resignada, sino haciendo uso de los escasos recursos que teníamos, tratábamos de operar cambios en la realidad que nos rodeaba, mediante acciones colectivas que nos beneficiaran.

Esto nos llevaba a encontrar caminos diferentes para transitar el Penal y en medio de una convulsionada o calma convivencia, las estrategias iban surgiendo en la medida en que hacíamos experiencia, fracasando a veces triunfando otras.

La cooperación interna –del colectivo– era esencial para estructurar estrategias de sobrevivencia. El apoyo, la solidaridad, la comprensión de las situaciones personales y generales daban elementos para marcar pautas a seguir.

De hecho, una coordinación de acciones solidarias, a veces

discutidas, otras no, de parte del colectivo se manifestaba en actitudes y posturas frente al victimario. Este comportamiento de gran firmeza estaba transversalizado por una escala de valores, dignidad y respeto.

La gran capacidad que tuvo este grupo humano de desterrar los individualismos –que no sería justo decir que no existieron y que oficiaron como uno de los elementos más negativos en la vida del Penal– fue lo que permitió que el colectivo pudiera trascender la terrible e implacable persecución a la que estuvo sometido por años.

La sobrevivencia se manifestaba de infinitas formas, en general condicionada por la estructura militar, pero era construida por cada persona desde el lugar que ocupaba en cada etapa.

Algunas como en el Penal el énfasis lo hacía el colectivo, en otras como la tortura o el interrogatorio dependían mucho de cada uno, de las características y las posibilidades de hacer aflorar recursos por un lado y construir desde nosotros por otro.

Así la convivencia era una construcción que involucraba aspectos explícito e implícitos, por ello, algunos contemplaban acuerdos verbales y otros solo con la mirada se llegaba a él, es decir que con el conocimiento de la situación, con la experiencia acumulada sabíamos como actuar en cada momento.

Había una historia en el Penal en la que habíamos participado como víctimas de una situación de represión pero a la vez como constructoras. A ella nos remitíamos cuando algo tocaba a todo el colectivo.

Por ello cuando ante los interrogatorios individuales, sanciones a rigor o en el calabozo, la respuesta individual se convertía en una respuesta colectiva.

Este hecho sin duda fue uno de los mayores éxitos del colectivo, por el esfuerzo que se realizaba, por la entrega del conjunto de no perder en el difícil camino los sustentos para sobrevivir: valores que dan marco a la dignidad y la integridad.

Todo este proceso que debimos realizar en el transcurso de la prisión, desde la detención a la libertad, se realizó mediante estrategias de sobrevivencia que construimos desde el lugar que ocupábamos, que era un lugar impuesto, de presión y represión. Las mismas estaban transversalizadas por nuestras necesidades y con el tiempo se transformaron en verdaderos aciertos que permitieron transitar hasta el final.

Todas estas construcciones elaboradas a través de una experiencia concreta, fueron notables aprendizajes, contruidos sobre mitos, concepciones de vida que provenían del pasado, mecanismos defensivos, aperturas y cierres. Las mismas tenían total validez para la situación impuesta, en tanto eran una fuente de posibles salidas, tranquilidad y equilibrio en las escasas acciones que se realizaban.

Este aprendizaje durante el proceso no era lineal, no todo se podía absorber pues el contexto estaba infectado de represión. Por lo tanto, había que realizar una selección conveniente, adecuada, de aquellos mensajes positivos; los otros, había que descartarlos admitiendo que el hecho de pensar en ellos, nos hacía realizar un esfuerzo, un pequeño análisis que siempre iba en beneficio nuestro.

Era un pequeño manejo de la situación, que permitía nutrir nuestro pensamiento, razonar, pensar, en tiempos parcelados por apremios físicos y psicológicos muy fuertes, por lo tanto, muy breves.

También las infinitas formas de sobrevivir se convertían en una dura y persistente resistencia, a veces en forma organizada, otras en forma individual.

La sobrevivencia planteaba enfrentar situaciones que exigían rápidas respuestas, de lo contrario, la vorágine de acontecimientos, la represión desatada hacia el colectivo nos absorbía totalmente.

Para la consigna de sobrevivir era necesario resistir en todos los planos, en lo individual y lo colectivo. Resistir el hambre, el frío, el dolor, la tortura, la represión permanente.

Durante la tortura la situación extrema era llevarnos al límite de la resistencia física y psicológica, en la situación del Penal era plantearnos una situación insostenible que involucraba lo que llamábamos una guerra de nervios, privación total, retaceo de lo elemental, aislamiento, situación que también debimos aprender a reconstruir.

No obstante logramos sobre la base de un profundo respecto por el otro sortear obstáculos difíciles, la posibilidad de una comunicación aunque entrecortada y prohibida, se hizo permanente y el grupo pudo trascender las dificultades porque fue capaz de unirse fuertemente, aunque fuera para los embates más duros. El hecho de vincularnos a las necesidades del colectivo nos ubicó en otro lugar dándonos otras perspectivas.

Y si la etapa de la tortura dejó huellas y recuerdos de dolores profundos, al Penal lo recordaremos posiblemente como una etapa fermental de crecimiento, pero fundamentalmente porque la convivencia proporcionó una dimensión del vínculo difícil de encontrar en la vida diaria, por el estrecho y profundo conocimiento que se generaba.

Nos enseñó que los sentimientos se podían ubicar en un lugar donde no causaran más dolor y que era posible hacer un proceso de desprendimiento con los objetos afectivos, los más apreciados, –las escasas fotos, la ropa– y aquellos que representaban la presencia de los seres queridos, los podíamos entregar también a quienes más queríamos.

A través de un proceso aprendimos que no perdían valor, y éramos capaces de depositarlos en otros, como si lo lleváramos nosotros, aunque muchas veces esos objetos nos ayudaban y permitían mantener un vínculo con el pasado.

Así le siguió otra etapa no menos difícil y traumática: la libertad.

No era precisamente como idealmente la concebíamos. Teníamos expectativas, esperanzas e idealización de lo que sería la vida afuera.

Veníamos de realizar una diversidad de experiencias, infinitas, individuales, colectivas, riqueza de vínculos, relaciones profundas, comprometidas, solidarias, también de malos vínculos que son parte de este aprendizaje que realizamos.

Habíamos aprendido a ubicarnos en las situaciones con rapidez, a captar los grandes fenómenos sobre pequeños agujeritos, mínimas dimensiones de espacio, que nos proporcionaban información necesaria para seguir nutriéndonos.

Aprendimos a diferenciar ruidos, porque nos habían privado de la visión, conocíamos si se acercaba una camioneta, quien era trasladada, a quien llevaban al hospital, que guardia se acercaba a la reja, que sector estaba de recreo.

Teníamos un lenguaje común, éramos capaces de transmitirnos mensajes de mil formas, que siempre involucraron la crea-

tividad, teníamos ritmos para desarrollar tareas y compartíamos un accionar a veces duro, otras gratificante.

Todo ese mundo creado hora tras hora, tras fracaso y dolor, tras lucha y esperanza para sobrevivir durante años nos había proporcionado cierta seguridad, pues era lo construido individual y colectivamente, eran el producto de las relaciones sociales de un contexto hostil.

En él nos desplazábamos en función de un conocimiento asimilado en años, conocíamos que a tal causa tal efecto y en general no nos equivocábamos, no solamente porque ellos se manejaban con rígidos estereotipos de funcionamiento, sino porque nosotros, en nuestro reducido hábitat habíamos aprendido, habíamos ampliado nuestra mirada, habíamos colectivizado nuestros saberes y nos habíamos instrumentado para interpretar sin equivocaciones.

Por lo tanto la idea de un cambio nos causaba temor, así fuera la misma y deseada libertad.

Ante la libertad comenzaba un período de miedo a la pérdida que nos daba esa seguridad, para dar paso a otro temor ¿con qué nos enfrentaríamos al salir? ¿cómo sería ese mundo que tanto habíamos esperado? ¿cómo la gente, la familia, lo nuevo? Era el temor a lo desconocido.

El miedo de perder lo logrado también afectaba nuestra identidad, pues ésta se había fortalecido sobre la base de vínculos y en medio del contexto en que nos encontrábamos, más allá de lo hostil que fuera.

Cambiar implicaba cierta inseguridad, que provocaba sentimientos encontrados, porque en definitiva sentíamos al colectivo como una estructura con cierta estabilidad que nos

proporcionaba un sentido de pertenencia que íbamos a perder.

Nos enfrentábamos seriamente a transitar un camino desconocido, distinto del que habíamos vivido, con este cambio de realidades diferentes.

Ambos sentimientos, perder la seguridad que proporcionaba lo conocido e incorporarse a un mundo desconocido del cual solo teníamos referencias, habían coexistido por tiempo y estaban presentes en la azarosa vida de la prisión.

Así pensar en la libertad, que significaba, por excelencia la conquista y recuperación de todos los derechos y la incorporación a una realidad desconocida, causaba temor pues se hacían presentes las experiencias anteriores de peligros, movimientos, dolores. Con seguridad se repetirían las desestructuraciones y sería necesario instrumentarse para lo nuevo.

La proximidad de la libertad nos planteaba una serie de sentimientos y situaciones contradictorias. Llegaban recuerdos del pasado como un aluvión, uno a uno iban apareciendo, hechos, acontecimientos, nombres, rostros, gestando una profunda movilización y una suerte de necesidad imperiosa de encontrar en la nueva vida todo tal cual lo habíamos dejado.

Y a veces, ante la incertidumbre y la necesidad de lo que se aproximaba, parecía que el pasado se dividía en dos grandes vertientes, por un lado el pasado político y otro el pasado afectivo, ambos separados o juntos, nunca volverían a ser como antes, porque habían mediado años, porque la vida y las experiencias realizadas habían operado cambios profundos.

La necesidad de pensar y acompañar el pasado político significaba adentro, conectarse con el afuera, con el sistema so-

cial, casi lejano, del que aún nos sentíamos parte, era no aislarse más allá de la desinformación política a la que estábamos habituadas.

Pero desde el lugar de las tinieblas, los sueños personales, tan libres como la libertad, con infinitas formas y contenidos, que traspasaban los alambrados de púa, que nadie podía censurar, también nos jugaban una mala pasada.

El afuera en la prisión lo habíamos convertido en un mito, sobredimensionado y ampliado más allá del justo lugar que tenía que ocupar. Lo mismo con la familia, a quien habíamos idealizado construyendo imaginariamente una estructura sólida y sin problemas.

Esta idealización fue una necesidad, una herramienta de sobrevivencia, también para sostenernos, que tuvo lo bueno y lo malo, que nos causó problemas, y en muchos casos se destruyó con la propia salida.

Pero también teníamos un sentimiento de que nuevamente había que destruir lo que habíamos construido, porque posiblemente esa estructura armada para sobrevivir en un ámbito hostil no tenga permanencia y menos cabida en una dimensión de libertad.

También se planteaba una situación de apego a lo construido, posiblemente porque más allá de que se realizó sobre la base del dolor, fue exitoso. Se producía un corte radical con la cotidianidad, con los hábitos, las costumbres, de las cuales muchas caerían en desuso, otras desaparecerían mediante un proceso, otras permanecerían.

Todo aquello que causó impacto, malestar, dolores, alegrías, empezaría a desplazarse a algún lugar donde se alma-

cenan los recuerdos, asomando una y otra vez, produciendo dolor, posiblemente, que sólo los mitigaría el tiempo, constructor e instrumento de ordenamiento de las nuevas realidades.

Posiblemente el éxito sería adaptarse a la realidad en actividad y con actividad. Instrumentar rápidamente los deseos de hacer, concretar, pero mucho más que la misma actividad, insertarse en ella y lograr que la adaptación fuera esencialmente activa.

Quizá fuera más justo hablar de la necesidad de apropiarse de la realidad totalmente, hecho este que significaba lograr los cambios necesarios para transitar otros contextos, ubicaciones, posiciones, reconociendo costos y consecuencias.

El hecho de mirar la realidad desde otro lugar, no en forma limitada, buscando otros horizontes y perspectivas podría apoyar esta situación. Y si bien las nuevas situaciones causaban temor porque había que asumir en definitiva nuevos roles, significaban un gran desafío.

Esencialmente la ubicación en la nueva realidad incluía una pérdida de viejos roles, que para la nueva situación eran inadecuados, asumiendo los que la misma realidad nos impusiera

Era el momento de empezar nuevamente instrumentados sobre la base de miedos y temores. Había que buscar un territorio que ocuparíamos sin límites que nos protegieran; recobrar poco a poco, la palabra, los deseos, los vínculos. Si no queríamos discriminarnos del mundo, desde nosotros, de lo individual deberíamos articularnos con lo colectivo, tarea difícil por el momento .

El ser individual debería cambiar en muchos aspectos, ampliarse, expandirse, movilizarse, encontrando otros contenidos que nos aproximarán a lo que eran sin duda nuestros objetivos: la autonomía total, la vida sin subordinación, órdenes, ni jerarquías. La libertad.

HACIA EL FINAL

En la presentación del trabajo aclaro que para realizarlo debí ubicarme en el rol de víctima tratando de transmitir el sentir, los movimientos de cada etapa, las vivencias, sentimientos, miedos. Trabajar todo el proceso, pasando de una etapa a otra, expresando que sentía y como las vivía, me permitió salir –aunque no totalmente– del lugar del dolor para aportar algunas ideas.

Poder analizar las situaciones dolorosas, decirlas, ha significado un hecho importante y un paso más en mi decisión de enfrentar el dolor .

En el trabajo relato como fuimos movilizándonos entre el pasado, presente y futuro mientras estuvimos en la prisión. Aquel futuro que deseaba, hoy es el presente y debí transpolar años atrás hasta encontrarme con él. Para decir algo sobre la prisión y la tortura es absolutamente necesario ir al pasado, desenterrarlo, enfrentarlo, tarea nada sencilla, porque hablar del dolor produce nuevo dolor y reproduce el viejo dolor.

Me apoyé en el hecho de que al tomar distancia de los sucesos, se puede ver o analizar en una actitud de mayor serenidad, quizás con mayor objetividad que si esto me lo hubiera planteado veinte años atrás, con la carga emotiva que significaban las salidas de la prisión, las emociones provocadas por las despedidas, los duelos, las ausencias, y reencuentros. Des-

de luego que esta distancia –los veinte años– hace disminuir los niveles dolor, pero tiene una característica, no se borra fácilmente de la memoria y menos del corazón.

Pero es más, este dolor al que hago referencia involucró a las víctimas, a quienes la rodeaban, lo próximo, a toda la sociedad. Es un dolor fuerte, penetrante, casi sin olvido.

Resolver el enfrentamiento entre el presente y el pasado, luego de un tiempo, se convierte en una imperiosa necesidad que si permanece sin solución lastima, daña, lesiona.

Si tuviera que sintetizar como he logrado integrar esta situación de víctima diría que deberíamos hablar de reconstruir, reconstruirse, recuperar, mediante una larga y dolorosa elaboración, pacientemente, día a día, año a año, noche a noche esta telaraña de horrores, ausencias y dolores.

Este proceso que involucra sentimientos, luchas, contradicciones, me planteó la necesidad de establecer nuevos vínculos, reconstruir los viejos siempre que las situaciones concretas lo permitieran.

Juzgué importante asignarle a mi vida un rol, recuperar lo que me habían quitado más allá de que fuera diferente al del pasado, pero luchar por ese lugar como ser social que todos merecemos.

Y ya que he manejado el vínculo entre pasado presente y futuro, me empecé por reconstruirlo desde otro lugar, si adentro, entre su presión y mis temores debí organizarme y plantearme la necesidad de un proyecto que me apoyara en esa etapa, afuera debí pensar seriamente como hacerlo.

Tenía que luchar en la reconstrucción de los vínculos para insertarme en una sociedad que me recibía en silencio. Era como

crear nuevamente parte de la identidad, ahora con la característica de que nadie me obligaba hacerlo; era una necesidad, buscaba organizarme tratando de extraer de mi capacidad de crear, afiliación, pertenencia, para encontrar nuevamente un lugar, con mis dolores, fracasos, anhelos.

Sabía que venía a insertarme en un mundo desconocido, hostil, y debería jugar un papel de ser un engranaje más en esa insólita maquinaria de una sociedad bajo un régimen dictatorial, donde nada era igual, sin embargo el tiempo había realizado una operación gigantesca fusionando el pasado con el presente.

En medio de ese contexto triste y oscuro, debí realizar un esfuerzo más para determinar y discernir en forma original como crear ese proyecto que deseaba.

Esfuerzo por descubrir, reconocer, recrear, encontrar, tejiendo infinitas redes para sostenerme.

Esfuerzo que involucraba lo nuevo, para mí desconocido.

Reconstruir ese vínculo, sin cortes ni rupturas significó apropiarme de un proyecto para mi propia vida, tarea realmente difícil porque yo estaba llena de contradicciones y era difícil trascenderlas cuando estaban internalizadas y de alguna forma habitaban la realidad que me rodeaba.

Pero las mismas trascendían lo individual, eran contradicciones colectivas, del conjunto de la sociedad que se debatía entre, silencio y gritos, pérdidas y reencuentros, miserias y el manto de “país salvado”. Era una sociedad silenciada a la fuerza.

El proyecto debía incluir una gama infinita de situaciones a las que me enfrentaba por primera vez. Desde la nueva situación laboral, la familia, recuperar los viejos vínculos, crear

nuevos, ubicarme y reubicarme encontrando “un espacio” donde reconstruirme.

La familia había sufrido de alguna forma una desintegración con las diferentes situaciones del momento, presos, exiliados, clandestinos, desaparecidos y había interrumpido la comunicación, en algunos casos se había roto.

Les era realmente difícil integrarnos a su vida, a su dinámica, pasados tantos años. Querían hacerlo pero no sabían cómo. A nosotros nos sucedía lo mismo.

Teníamos una necesidad infinita de hablar, de narrar lo vivido, compartirlo. Decir que habíamos vivido una experiencia de horror sistemático, organizado, planificado paso a paso. Que la misma había sido construida por seres humanos, que todo lo vivido era una expresión de la maldad organizada, del terror, que la proximidad de la muerte era una constante en su territorio. Pero todos de alguna forma callaban.

Navegábamos entre sus miradas compasivas, dolorosas y nuestros demacrados rostros, nuestro dolor interno.

La experiencia nos había marcado a fuego, los primeros meses convulsionados y agitados tratábamos de asimilar la nueva situación. Pero se habían operado grandes cambios, permanecíamos a veces silenciosos, no éramos los mismos de antes, y nunca más, aún recobrada la libertad volveríamos a ser como en el pasado.

La experiencia de sobrevivir con frío, hambre, dolor, torturados, sucios, enfermos, lastimados, al borde de la muerte en forma permanente, denigrados y humillados, nos signaría la vida para siempre.

Habían mediado seis años y una experiencia de terror y dolor nos había marcado. Necesitaríamos un largo tiempo para recuperar rasgos que ahora no estaban presentes e incorporar otros, de savia nueva, de vida nueva.

Así el proyecto, integro, total debía contemplar la reconstrucción de la red social de pertenencia.

Durante los veinte años que me separan de la salida de la prisión he transitado un proceso nada fácil, fracasos, alegrías, he realizado aprendizajes nuevos, he podido comprender más cabalmente el significado de la realidad que me rodea, he valorado el papel de los viejos paradigmas como producto de un tiempo histórico, he tratado de incorporar y comprender los nuevos fenómenos, valoro aún más el papel de la justicia, los derechos humanos, y la democracia.

Siendo producto de una década de grandes ideales y valores, de hábitos sanos, un tiempo donde la creatividad para expresar el pensamiento era múltiple y existía una identificación con la autenticidad, la autodeterminación, al observar como se presentan los nuevos fenómenos trato fundamentalmente de entender.

No comparto que todo tiempo pasado fue mejor, sino entiendo que la historia se presenta diferente, y el mérito de la sociedad es entender estos cambios.

Por ello el impacto de la libertad, la inserción a la vida cotidiana fue tan traumática, el enfrentamiento a la nueva situación era difícil, había que aceptar que veníamos como de una parte del mundo donde nos habían desinformado, parcializado y había otra parte –la sociedad en su conjunto–, que ambas teníamos historias diferentes, experiencias diferentes, marcadas a fuego por la violencia de la dictadura, pero que median-

te un esfuerzo, en algún lugar del proceso nos encontraríamos y que el intercambio entre ese mundo y nosotros/as sería exitoso en la medida del esfuerzo de ambas partes.

Pero además el proceso de vida en libertad estaba signado de contradicciones, antagonismos, muchos de los cuales no entendíamos. Vivíamos la libertad recuperada reconociendo lugares, con la familia, amigos, pero enganchados con el “adentro”.

Era como si nuestra cabeza se hubiera desdoblado, una parte, la física caminaba afuera, la otra estaba adentro acompañando aquel proceso que seguían haciendo en el Penal y del que aún nos sentíamos partícipes.

Había como una separación tajante en las tareas que realizábamos, buscar trabajo, visitar familiares, incorporarnos , reconstruir nuestra vida y la parte afectiva vinculada estrechamente a la vida del Penal.

En esta situación buscábamos mecanismos para no separarnos de aquel contexto y continuar acompañándolo.

Era tan fuerte el dolor de las separaciones que nos uníamos a los familiares que visitaban el Penal como forma de informarnos, de saber que pasaba. Toda esta situación “artificial” que habíamos creado nos daba una gran inestabilidad porque en definitiva no nos permitía asumir la salida plenamente.

Sería inevitable apelar a los recursos, entrelazar y privilegiar las potencialidades de cada uno. Todos éramos emergentes de una situación generalizada de represión y cada uno desde su lugar elaboró estrategias de sobrevivencia, entonces había que encontrar equilibrio en las acciones personales, estabilidad en los vínculos.

Todo sería en base a esfuerzos, en definitiva, el aprendizaje que habíamos realizado se potenciaría en la medida que fuéramos también capaces de socializarlo, y que la otra parte del mundo fuera capaz de entender.

El proyecto contemplaba fundamentalmente el reencuentro con lo esencialmente humano, alejado del horror, expresión de un tiempo que no admitió la razón.

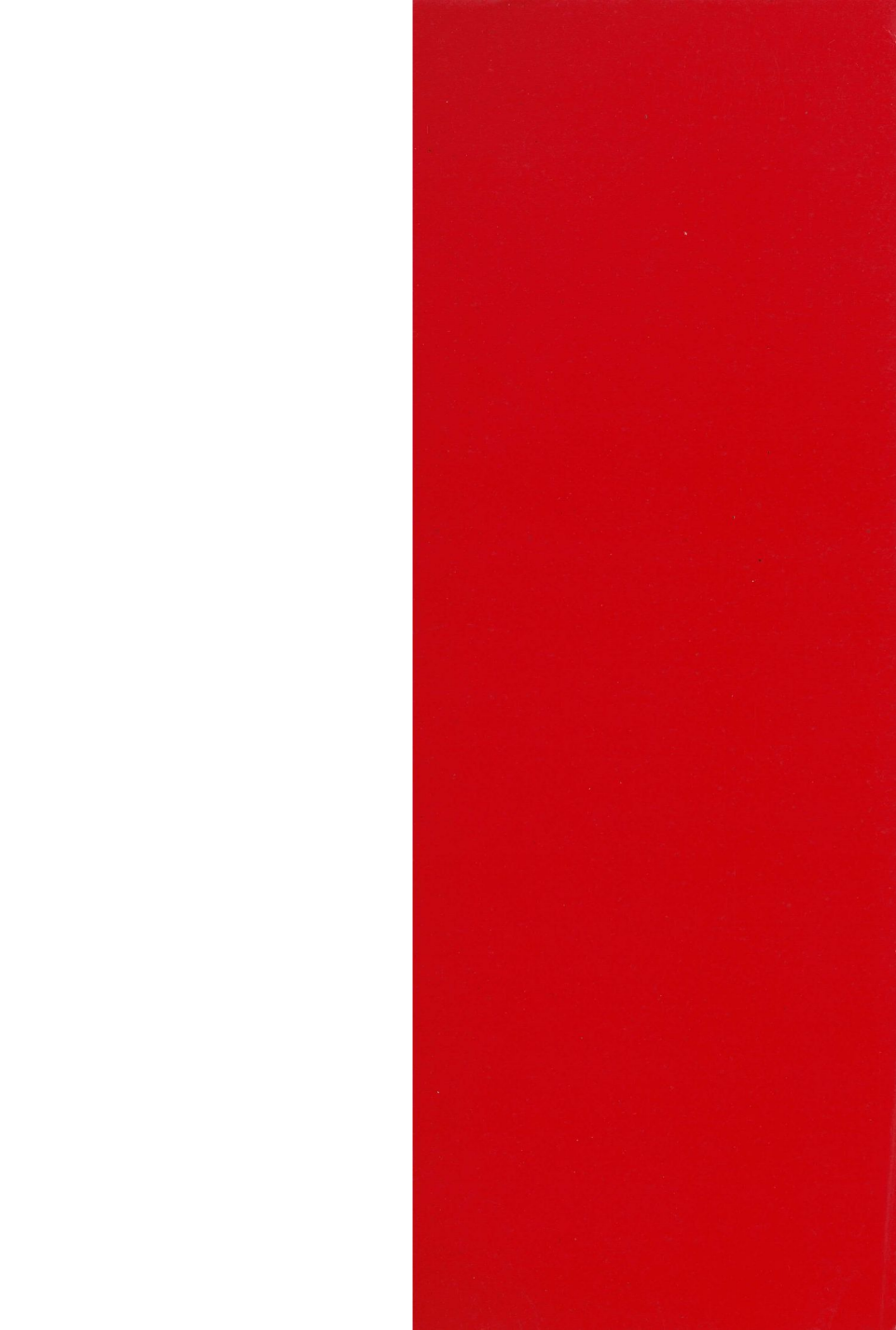
Un proyecto esencialmente para volver a vivir .

ÍNDICE

Prólogo	9
Presentación	13
Último sábado de octubre de 1975	19
Las ideas	23
La identidad	29
Los derechos	33
El proceso y sus etapas	37
Reconstruyendo las etapas	41
La detención	45
Interrogatorio	49
Conociendo al victimario	59
Del 300 K al Cuartel de Infantería del Km. 14 de Camino Maldonado	65
Las blancas sábanas de Lucía y el colchón de Iturriaga	75
Las firmas del Prado	79
Reflexión sobre el Penal de Libertad	83
Hacia el final	101



Minas 1367 - Montevideo - Tel. 409 44 63 - 409 55 89
Julio de 2002 - Dep. Legal: 326.011 / 02
Edición amparada en el decreto 218/996 (Comisión del Papel)



Mirta aporta un lúcido y agudo análisis de los complejos mecanismos de demolición que se ponen en juego en la llamada "prisión prolongada"; pero también incluye un apasionado rescate de las formas de solidaridad, de resistencia, de dignidad. Y lo hace desde un doble saber: de lo vivido y de lo pensado; de lo vivencial y de lo racional, permitiéndonos superar las historias de héroes y traidores, para alcanzar los aspectos medulares del drama humano vivido por miles de uruguayos y uruguayas que libraron, en silencio, su batalla cotidiana por la vida y la dignidad.

ISBN 9974-661-05-6



9789974661059